



Oaxaca



Homenaje a la literatura contemporánea

Antología

2021



Muestreo Nacional 2021 - Oaxaca

Homenaje a la literatura contemporánea

MN OAXACA

POESÍA y NARRATIVA



ePub v 1.0

agosto 2021

MN Oaxaca 2021 4/32

Maya Cartonera ® 2021

Fb: Chepy Salinas Domínguez

Fb: Maya Cartonera

mayacartonera.blogspot.com

Jossesad@hotmail.com

Portada: Chepy Salinas. Contraportada: Irma Rodríguez.

Compilación: Chepy Salinas.

Edición: Chepy Salinas Domínguez y E Adair Z V

ISBN digital: En trámite.

Ediciones Ave Azul & Maya Cartonera

aveazul.com.mx

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Si te gusta lo que hacemos y quieres apoyarnos:

[paypal.me/EAdairZV](https://www.paypal.me/EAdairZV)

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

Tributo a la literatura nacional moderna.....	9
Colectando las voces de hoy.....	10
ALONSO AGUILAR ORIHUELA.....	13
<i>*Llegó papá</i>	14
<i>*Instrucciones para llorar</i>	15
<i>Una tarde con Klee</i>	15
<i>*Piso 3</i>	16
<i>**I</i>	17
<i>II</i>	17
MARÍA LUISA BLANCO CHÁVEZ.....	18
<i>Soy</i>	19
<i>Las campanas de mi pueblo</i>	19
CUAUHTÉMOC BLAS LÓPEZ-CHENO	21
<i>No pudo ser maquinista</i>	22
<i>Llueve en Sancri</i>	23
<i>Fotógrafos redivivos</i>	24
ÁNGELA CRUZ MARTÍNEZ	25
<i>Santa palabra</i>	26
<i>Carnivörus</i>	27
JULIO CÉSAR DÍAZ CALDERÓN.....	28
<i>Aguanta chiquitita</i>	29
<i>Asentamiento en un tronco</i>	30
CARMEN DOMÍNGUEZ	32
<i>Novia</i>	33
<i>Al final del camino</i>	33

ABEL ITURBE ONTIVEROS.....	34
<i>El brillo de tus ojos</i>	35
<i>Papaloapam</i>	36
<i>Dime</i>	37
JUAN ANTONIO JIMÉNEZ.....	40
<i>Ayotzinapa es latido tétrico</i>	41
<i>Mi verdad</i>	41
GUILLERMO JIMÉNEZ GÚZMAN.....	43
<i>Atardecer Zapoteca</i>	44
<i>Volver a casa</i>	45
ÁNGELES LÓPEZ ALONSO.....	47
<i>Eustolia iqueracha</i>	48
JORGE MAGARIÑO.....	54
<i>Quién pudiera</i>	55
<i>Como leña que arde</i>	55
ARACELI MANCILLA ZAYAS.....	57
<i>Noche con Lezama</i>	58
<i>Septiembre</i>	58
CLAUDIO MÉNDEZ ANTONIO.....	60
<i>Tuxtepecana</i>	61
<i>Oaxaqueña</i>	62
LIANA PACHECO.....	65
<i>Convenio</i>	66
ANTONIO PACHECO ZARATE.....	69
<i>Una caja y cuatro velas</i>	70
SABIDO PÉREZ RAMÍREZ.....	73
<i>Busbús</i>	74

MARIZELA RÍOS TOLEDO	77
<i>De la bella Antequera a Shavizende</i>	78
<i>Desvelo</i>	79
PEDRO RIVERA-BENITO	81
<i>La hoz y el corazón</i>	82
JESÚS RITO GARCÍA	86
<i>Monotonía de la belleza</i>	87
<i>En mi puerta había un jaguar agazapado</i>	87
CESAR RITO SALINAS	89
<i>La máquina de traducir*</i>	90
IRMA RODRÍGUEZ	95
<i>Las cenizas hablan</i>	96
<i>Añoranza</i>	96
<i>Domingos tristes</i>	97
ANA TRINIDAD RODRÍGUEZ VALDÉS	98
<i>*La cita</i>	99
<i>Naxhinge</i>	100
MARCK QUEVECK	101
<i>I</i>	102
<i>II</i>	102

Mostrario Nacional 2021 - Oaxaca

Tributo a la literatura nacional moderna

Para el que escribe, su vida está en las letras, toda las emociones vividas y percibidas las muestra en ellas. Escribimos en la memoria, el papel y en el cielo que cubre la tierra que nos vio nacer. La palabra nos envuelve y nos da vida. Algunos se profesionalizan y son grandes conocedores de la literatura del mundo, otros nos vamos forjando, viviendo la poesía en cada latido y al respirar; porque las letras se mueven de forma vital desde el corazón. Lo indiscutible es que donde el corazón canta, va tejiendo mundos y dejando un legado literario invaluable.

Las letras nos permiten guardar recuerdos, historias y la cultura de nuestros pueblos, igual que las imágenes eternizan los latidos y el tiempo.

Muchas gracias a Ave Azul por la complicidad en los proyectos realizados y los que estamos construyendo. Es una gran alegría presentar a escritores (nacidos o que ya han echado raíz en este bello estado) que son parte de la compilación de Homenaje a la literatura contemporánea que está emergiendo en la República Mexicana.

Dejémonos llevar por cada uno de estos escritores(as) por la magia de cada uno de los estados que estamos disfrutando, soñar con recorrer esas calles, esos pueblos, a quien ellos cantan. Necesitamos inspirarnos para cuando tengamos más seguridad casi como antes del COVID-19, e ir y viajar por la geografía mexicana.

Josefa Salinas Domínguez, 2021.

Colectando las voces de hoy

En esta nueva aventura junto con Maya Cartonera nos hemos propuesto hacer una recopilación nacional de escritores por estado, que incluye a los de nacimiento, que se han radicado o por adscripción, permitiendo que sus voces queden concentradas en una pequeña colección digital que pondremos a disposición de la sociedad. En este ambicioso proyecto, tenemos como aliadas a distintas personas a lo largo del territorio para encontrar, concertar y concentrar la compilación de estas obras. Sabemos que hay muchas más mentes creativas en los territorios, pero nos entusiasma poder exponer desde nuestros proyectos parte del quehacer contemporáneo de la literatura mexicana.

Otro elemento importante es que estas redes incluyen a muchas de las plumas que se han hecho valer desde los foros independientes, por lo que les abrimos las puertas a quienes han desarrollado una trayectoria escritural, aunque quizá la fama y los espacios culturales oficiales no les hayan dado sus dones. De la mano con el trabajo de la escritora Chepy Salinas, Ave Azul se suma a la ardua tarea de construir esta colección, en uno de los proyectos recopilatorios más ambiciosos que hayamos tenido, y del cual nos sentimos orgullosos por el simple papel de mediadores literarios. Todas las mujeres y hombres que estamos contemplando han contribuido desde su concepción del arte, presentando su lenguaje, la viveza de sus tonos y su calidez, para que sea el lector quien pueda conocer a algunos de los artistas que habitan en su propio estado, en el vecino, o en otras periferias.

Esta colección es un tributo a los artistas independientes que se han mantenido en la obstinación de crear por el puro amor al arte, y que va a dejar como legado esta recopilación a lo largo y ancho del territorio nacional. Es un orgullo trabajar de mano con Maya Cartonera para hacer de este sueño una realidad legible y trascendente.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, 2021

Mustrario Nacional Oaxaca 2021

MN Oaxaca 2021

Φ Alonso Aguilar Orihuela Φ María Luisa Blanco Chávez Φ
Cuauhtémoc Blas López-Cheno Φ Ángela Cruz Martínez Φ Julio
Cesar Díaz Calderón Φ Carmen Domínguez Φ Abel Iturbe
Ontiveros Φ Juan Antonio Jiménez Φ Guillermo Jiménez Guzmán
Φ Ángeles López Alonso Φ Jorge Magariño Φ Araceli Mancilla
Zayas Φ Claudio Méndez Antonio Φ Liana Pacheco Φ Antonio
Pacheco Zárate Φ Sabido Pérez Ramírez Φ Marizela Ríos Toledo
Φ Pedro Rivera-Benito Φ Jesús Rito García Φ Cesar Rito Salinas
Φ Irma Rodríguez Φ Ana Trinidad Rodríguez Valdés Φ Marck
Queveck Φ

ALONSO AGUILAR ORIHUELA



(Oaxaca, 1979) Textos de su autoría han sido publicados en revistas y periódicos locales, nacionales e internacionales como *Milenio*, *La Jornada*, entre otros. Su obra literaria forma parte de distintas antologías. Fue corresponsal de cultura del periódico *Milenio*, en Oaxaca. Ha publicado los poemarios *Casita de palabras* (2004) y *Zoo(i)lógico* (2004). Sus publicaciones más recientes son la serie documental *Mujeres hablando y cocinando* (2019) y el libro de crítica de arte *+50 Artistas contemporáneos de Oaxaca* (2019). Actualmente, su novela policiaca *Mentiras europeas* (2019) se encuentra en edición y participa como guionista, conductor y curador en la serie televisiva *Arte actual*, en co-producción con CORTV, televisora local de Oaxaca. Es catedrático de Escritura creativa en la Universidad Anáhuac.

**Llegó papá*

I.

PAPÁ VINO a visitarme.

No tengo

ni cama

para que descanse.

II.

¿Sabremos

buscar al otro

en nosotros mismos,

franquear la distancia,

el tiempo?

III.

Intentamos platicar

ser amenos

pero algo sucede

y sin sentido

ni remedio

terminamos discutiendo.

IV.

Gritos

neurosis

cabellos ondulados.

V.

Todo lo complicamos

ciegos

desesperados.

Qué difícil querernos tanto.

VI.

Pobre padre

quiso verme igual a él

y soy como elegí ser.

**Instrucciones para llorar*

BUSQUE UN ÁRBOL parecido a su padre,

abrácelo fuerte,

cuélguese de sus ramas,

y llore

llore

llore

sin consuelo.

Una tarde con Klee

TODA LA TARDE miramos las pinturas de Klee en algún libro prestado, no hay dinero para comprar ediciones tan caras. El viento trae olores marinos y recuerdos de abrazos como olas que cubren el cuerpo. El rojizo atardecer del puerto se filtra por las cortinas de tul, azules, inventando plantas de luz que nos acarician la espalda en el mar de sábanas desgastadas, donde jugamos a convertirnos en peces mágicos, a cantar como deben hacerlo los pájaros que habitan esa selva de colores, a medir las ilusiones con bocas

amarillas y corazones morados. ¡Cuánta alegría en los colores de Klee! Deberíamos vivir ahí un cuarto de nuestras vidas.

***Piso 3**

I.

DEBÍAMOS subir 72 escalones
para llegar a *nuestro* paraíso:
una cocina sin estufa ni refrigerador,
el cuarto de los sueños locos,
el balcón donde hacíamos el amor,
y una recámara para arrullar al océano.

II.

¡Vivíamos con tan poco!
Tu ponías discos de Beck y Frank Zappa,
bailabas y cantabas por todo el piso,
platicabas con las plantas y las aves;
yo llevaba a casa algunos pesos,
historias cotidianas, un par de sueños
y poemas que al atardecer leíamos al gato.

III.

Extraño
Todo
lo que habitaba
esa casa
vacía.

****I**

DESPERTÉ con cara de lunes
y el corazón latiendo a cinco mil colores por minuto
descolgué del tendedero
las barbas de viejo que resplandecen con luz de la luna
y salí corriendo.

II

LA CIUDAD era un moridero de sueños
materia nebulosa y rutilante
cardumen de peces ciegos
nadando en círculos hasta desfallecer.
Junto a mi yacían las ideas más sublimes
una perra lamía las heridas de sus hijos
y el miedo
 prófugo
 profano
 antropófago
 pagano
nos encontraba siempre a la vuelta de la esquina.

*Del poemario *Casita de palabras*

** Del poemario *2006*

Φ

MARÍA LUISA BLANCO CHÁVEZ



(Heroica Ciudad de Tlaxiaco, Oaxaca). Reside en la Ciudad de México. Antropóloga social egresada (UAM-I) con Mención Honorífica en la Maestría en Historia de México (ULA-CDMX). Poeta y escritora, becaria por FONCA, CONACULTA y UAM en el Diplomado de Literatura “Carlos Montemayor. Alumna en cursos y talleres de poesía, asistió al Taller de la Dra. Alicia Reyes Mota en la Capilla Alfonsina y con la Dra. Mariana Bernárdez en la Casa del Lago. Ha participado como ponente en foros nacionales con temas sobre cultura, antropología médica, migración, estudios comparativos de sistemas de cargos, catalogación de archivos históricos. Textos de su autoría están incluidos en antologías internacionales de poetas. Participó en el Encuentro Literario Internacional de España, México y Argentina, (agosto - 2021). Han incluido poemas de su autoría en revistas digitales y e-Book de España. Escribe cuento, relato y actualmente incursiona en Ensayo. Se ha presentado en recitales poéticos en la CDMX, Oaxaca, Cuernavaca y en Papatla Veracruz.

Soy

HIJA DEL PUEBLO de nubes.
un lienzo de enormes peñascos,
aire al juego del tiempo,
olor a campo en tregua.

Soy color a nogal
llevo el canto del sol
entre polvo curtido en cultivo
de sangre aguerrida mixteca,
polvo
a contorno del alba.

Mi matria tornasol de recuerdos,
moldeada en adobe, cantera rosa,
calles de piedra de río,
repletas de usanza andadas.

Las campanas de mi pueblo

LAS CAMPANAS de mi pueblo.
soberbias y antiguas al repique,
pasaje envuelto en lunas,
su canto va a doquier.

Anuncian los ritos de paso.
redobla el adiós al hermano,
como último suspiro en su parroquia,
se escucha una eufonía suave

el llanto gris de la muerte.

Las campanas de mi villa.
dejan caer lamentos
al rumor del vuelo de la orquesta
desgarra espíritus
con sonos de luto.

Vuelan como palomas mensajeras,
y anuncian la fiesta patronal
de la Virgen de la Asunción,

Su canto navega en el cielo.
animan a los barrios y rancherías
con un son y jarabe mixteco,
divulgan la romería.

Φ

CUAUHTÉMOC BLAS LÓPEZ-CHENO



(Matías Romero, Oax.,1960). Estudió la licenciatura en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la UNAM, 1980-1984. En esos años, participó en el Taller de Poesía de Hugo Gola, en el Centro Cultural Universitario de la misma Universidad. Publicó cuentos en la revista *Sí y Qué* de la Facultad de Economía; y poesía en la revista *El Grillo* de la FCPyS de la UNAM; *La Tullida*, en el anuario de Poesía del INBA en el año de 1990; poema y cuento en la antología *Oficio de Cantera*, Oaxaca, 1991; poema en la Revista *Guchachi Reza* 32 (1992), *El paradisíaco Coatzacoalcos*. Director de la revista política *En Marcha*, desde hace 23 años. Oaxaca.

No pudo ser maquinista

a Roberto Añorve, in memoriam

HACE AÑOS, antes de que Ernesto Zedillo vendiera a los gringos los Ferrocarriles Nacionales de México, el anhelo de los muchachos de Matías McGrero era ser maquinistas o conductores de locomotoras. Uno de los casos más sonados fue el del joven Etelbertico. Este se inscribió en el Centro de Capacitación de Ferrocarriles para instruirse en la conducción de trenes.

Aplicaré para maquinista, presumía Etelbertico a todo mundo. Luego de un par de semanas del curso básico, se presentó el mozalbete a la primera prueba de la llamada *Aplicación para maquinista*. Sólo para romper el hielo, el instructor, paisano dicharachero y bromista, le preguntó:

—*¿Qué velocidad debes imprimirle a la máquina en una bajada?*

—*Unos 50 kilómetros por hora.*

—*¿Quéé? ¿Estás loco?*

—*¿80 kilómetros por hora?*

—*¡Chamaco, debes ir frenando!*

Como reprobó el examen, mejor salió a estudiar medicina. No curó a nadie, pero llegó a ser presidente municipal de McGrero, donde se vacunó para siempre contra la pobreza.

Muchos años después, en noches con buena luz de luna aún lo ven caminar por el patio de la terminal ferroviaria. Taciturno, enfundado en un overol de mezclilla, el veterano Etelbertico se pasea entre las viejas máquinas que nunca pudo conducir. Se detiene frente a la majestuosa locomotora NDET 535, acaricia sus fierros antiguos, levanta la vista hasta el tercer piso de la enorme estación de ladrillos rojos -construida por ingleses a principios del siglo pasado- y todavía se pregunta: *¿Por qué razón el freno hace que la máquina vaya más rápido en bajada?*

Llueve en Sancri

SE CONSUMIÓ el cirio perfumado
Cesó la música tenue
Yaces en el lecho cubierta de gozo
Me dijiste *cuando duerma cúbreme con
el edredón que el frío es la muerte*
Sabías que dormiría después de ti
Sabes que te cuido sin que te sea necesario
y siempre a pesar tuyo aparentemente

Abres tus ojos empieza la mañana
Te bañas te paso las sandalias
Te acerco tus cosas
Te atiendo con la sobriedad que te gusta
De nuevo levantas tu perfección
Tu larga cabellera negra
cae sobre la gabardina clara

Llueve en Sancri acaba el viaje furtivo
Se quedan nuestro baile con marimba
El aroma de tu cuerpo en la alcoba
La sesión de fotografías prohibidas
Los gestos las poses
La noche que ha de durar

Se reinstala el grandísimo silencio
de esta remisa hoguera.

Fotógrafos redivivos

CONTARÉ DOS TESTIMONIOS de fotógrafos que han regresado de la muerte. El primero es el de un excolega a cuyo sepelio asistí, y ahora lo veo pasear acompañado de bellas damas. Con él observé cuatro detalles de estos resucitados: fueron excelentes fotógrafos, abandonaron su profesión, no regresaron a vivir con sus familiares y olvidaron a sus amigos.

Las dos veces que he visto a Rolando Vásquez Vizarratea, en el Paseo Juárez “El Llano”, me miró sin reconocermme. Cuando lo busqué en su casa su viuda me dijo: *Murió, ¿no recuerdas?* Su estudio, por donde pasé, luce abandonado.

Sostengo que los fotógrafos resucitados cambian radicalmente. Vásquez era un tipo parco, y ahora anda con mujeres. Al verlo en esos íntimos coloquios me he abstenido de abordarlo.

Hace poco me percaté de cómo vuelven a la vida. De ahí mi certeza de que sólo reviven los buenos con la cámara fotográfica. Mi siguiente testimonio es con otro magnífico fotógrafo quien estuvo a punto de resucitar.

Se llevó la Covid-19 a Román Alejo Mancebo. Tres días después nos reunimos sus amigos para recordarlo. Tomamos café y mezcal. Al culminar la reunión nos alineamos, a prudente distancia, para la foto del recuerdo; entonces llegó Mancebo y quiso también alinearse.

Debatimos el permitirselo; yo dije que sí, pero el grupo impuso un sólido argumento: no podemos retratarnos con un muerto. ¿Qué dirán en el Facebook? Sin duda, el difunto escuchó todo, pues ya no lo vimos. De haberse fotografiado con nosotros, estoy seguro, hoy andaría por ahí redivivo.

Φ

ÁNGELA CRUZ MARTÍNEZ



(Oaxaca de Juárez, 1984). Promotora de la lectura desde 2016, cuando se integra al grupo de lectores voluntarios del programa Seguimos Leyendo, donde conoce a la maestra Raquel Olvera. En 2019 publica sus primeros cuentos en la antología *Malicia Literaria*, y en este mismo año es invitada a escribir guiones literarios para el programa de radio El Baúl de las Leyendas. A través de Spotify pueden escuchar sus colaboraciones: *La matlacihualt*, *La carreta de la muerte*, *La mujer del taxi*, *El hombre que no puso ofrenda en el altar* y *Espinazo del diablo* (2020). A través de sus cuentas de Facebook: Angie Martínez, podrán conocer un poco más de lo que escribe y en Dibujando con Palabras conocerán la labor que realiza para llevar la lectura a niños, jóvenes y adultos. Admiradora de las artes Escénicas.

Santa palabra

—*TERESA, TERESA, Teresa*— repites en tu mente, mientras tu mirada pareciera atravesar las paredes, buscándola.

Juguetear con una navaja, la miras a contraluz, la hoja de plata brilla como los ojos de Teresa, la bajas poco a poco sin quitarle la mirada, la dejas descansar sobre la mesa; empiezas a recorrer con tu dedo índice izquierdo, las líneas de tu mano derecha, descubres una letra M, signo que invoca a la muerte. Ahora sabes que su destino está escrito en tu mano, tú eres su dueño.

Afilas por décima vez esa navaja que te enloquece, ahora estás decidido, sabes qué debes hacerlo. Subes a tu recámara, tomas un baño de agua caliente, estás más relajado, más seguro de tu decisión; te vistes con tu camisa favorita, tu pantalón café perfectamente planchado y zapatos negros relucientes. Bajas las escaleras lentamente, te persignas ante el Cristo que está en el pasillo y viene a tu mente aquella vez que tu padre te dijo: —*Tú eres el hombre, el que manda. A veces tu madre no entiende y debo corregirla. La Santa Palabra lo dice, las mujeres deben someterse a sus maridos.*

Miras tu reloj, siempre exacto, marca la siete de la noche. Tienes una hora para ir por ella. Antes te detienes frente a la florería, compras girasoles, te estacionas cerca de la fábrica y esperas. Has llegado cinco minutos antes de lo habitual, del lado izquierdo de tu saco llevas la navaja que elevará hasta al cielo a Teresa, porque tú y sólo tú la puedes liberar del infierno al que se está condenando por no ser una buena esposa. Ella debería estar en tu casa atendiéndote, pero ella quiere ser como todas.

Ahí viene, cansada, pero tan segura de sí misma que si la fuerza de gravedad dejará de existir, ella seguiría firme sobre el piso. Le das un beso sin olvidar decirle que se ve hermosa, le entregas el ramo de flores, en silencio las recibe. Te tiene miedo, lo sabes, pero es muy necia, por eso le pegas, tú eres el hombre. La invitas a cenar, tú eliges el lugar y ordenas algo que no le gusta, te divierte verla comer.

Durante el trayecto de regreso a casa se recuesta sobre tu hombro, mete la mano entre tu saco, entonces recuerdas la navaja, la apartas.

La miras y su piel es tan blanca como la de un fantasma, piensas que tal vez presiente su propia muerte.

Entran a la casa, la abrasas de la cintura, empiezas a besarla, te pertenece. La tomas del cabello, la arrodillas frente a ti mientras te hace sentir hombre, el poderoso. La avientas sobre el sillón, la haces tuya hasta que te cansas; marcas tu territorio como si fueras un animal. Al final decides que hoy no es el día para acabar con ella, te duermes satisfecho.

Despiertas buscando tu navaja, pero no la tienes. De hecho no tienes nada, sólo está tú cabeza sobre una almohada. Ves cómo ella se va. Oyes cerrarse la puerta, mientras tu perro, el que tanto amas, lame tu sangre que corre por el piso hasta la cocina.

Carnívorus

—*¡QUÉ RICO dedito, ¿me regalas un pedacito?!*

—*¡Nooo! mejor te doy de comer sardinas, ¡mmm!*

—*¡No quiero! Si no me das lo que pido me iré de la casa—* maúlla enojado el gato.

—*¿Por cuál quieres empezar?*

—*Por el dedo gordo, se ve más jugosito. Nac, ñac, ñac. ¡Miauuuu!*

—*Michi, júrame que jamás me abandonarás.*

—*Miauuuu! Aún me quedan 19 de deditos.*

Φ

JULIO CÉSAR DÍAZ CALDERÓN



(Oaxaca, 1994). Emigró a la Ciudad de México para iniciar sus estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Ahora, es estudiante doctoral en la Universidad de Florida, Estados Unidos, donde tiene una Beca Fulbright-García Robles. Publicó poesía en diversas revistas de revisión por pares como *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México* y *Latin American Literary Review*. Está en proceso de terminar su primer libro de poesía.

Aguanta chiquitita

a Lulú

AGUANTA, querida, suavécito.

La vida aguanta, por favor.

Lo veo en tu mirada.

La dureza de la palma
de mi ‘apá y de tu ‘amá.

No te vayas muchachita,
que no puedes ver,
que al irte nada queda,
no azucenas, no susurros,
no cantos al amanecer.

Aguanta corazón,
no te vayas por ahí.
Mejor ábreme tus nudos
que alivios te prepararé.
Quédate, aunque no sea por mí.
Quédate, aunque sea por mí.
Quédate, quédate, quédate.

Pero, sí te fuiste
solecito, qué te pude dar.
Recuerdos
como el reposo en tu troca,
cuando me venías a buscar.
En aquellas madrugadas
que aguantaste por mí.

Tres noches ya muy tarde
te vengo a confesar.
Tú me diste lo que yo no te pude dar.
El soporte en la oscuridad.
La llamada al despertar.
La cachetada para reaccionar.

Ay mi'ja, veme aquí,
desde arriba o desde abajo,
cómo te reencontraré.
Dime por qué y dime cuándo.
Y si no te vuelvo a ver,
esta vida te la doy.
A tu memoria chiquitita,
con canela y aguamiel.

Asentamiento en un tronco

TE VI en aquella llanura
verde como los ojos de aquél que estaba a tu lado.
Vi tus calzoncillos blancos
tirados sobre la estera que resaltaba el tono de tus labios.
Me recosté en un hueco
en el que cabían todos mis sueños, menos tu abrazo.
Estrujé una almohada.
Recordé que fue sólo un beso,
que no llegué a tiempo,
que dudo del tiempo,
que no hubo tiempo,

que tenías tiempo,
que querías mi tiempo,
que hice tiempo,
que él tenía más tiempo,
que fui sólo un tiempo,
que te amé por un tiempo,
que el amor dura un tiempo
antes de ser tiempo,
que hay otros tiempos,
que no estaré en esos tiempos
porque ya no es mi tiempo
de estar en un mundo
donde amar dura menos
que el ritmo de un beso
como el que te di en su tiempo
y que después de un tiempo
en el mismo lugar en el
que te juré amor por siempre
habrá otro tiempo con otro
amor, con otros labios
con distintos tiempos
y te veré desde este árbol
porque mi cuerpo se asentó
en la costra del tronco
dando tiempos
a amores de un tiempo.

Φ

CARMEN DOMÍNGUEZ



(San Bartolo Yautepec, Oaxaca) Estudio Contaduría Pública en el Instituto Tecnológico del Istmo. Participó en el programa “Tecnológico en Marcha” leyendo poesía propia en una estación de radio (1986-1987). Autora del libro *El Amor y Yo* (2016). Ha participado en las antologías de Mujeres Poetas del País de las Nubes (2016, 2017, 2019 y 2020), *Poesía desde la coyuntura: Voces para caminar* (Cleta), *Viejas Brujas II* y *Memoria del VII Encuentro de escritores Marcianos*. Actualmente pertenece al taller de narrativa y poesía que dirige el escritor Margarito Cuellar.

Novia

DESDE la ventana la miro,
detrás de la colina se asoma,
escarolas de nubes
adornan su traje.
Viste de novia el día
para campear el mundo.

Al final del camino

CAMINAN tomadas de la mano;
una me habita,
la otra espera al final del camino
para besar mi frente
y recibir entre sus brazos mis despojos.

Φ

ABEL ITURBE ONTIVEROS



(San Juan Guichicovi, Oax.). Poeta y cantautor. Administrador del grupo: “Poesía del mar, el cielo y la montaña”. Ha participado en encuentros nacionales (Veracruz, Puebla, Oaxaca, Chiapas, Guadalajara, Monterrey, México y Tabasco) e internacionales (Colombia, Ecuador, Uruguay, Cuba y Guatemala). Ha impartido los cursos: “Química en microescala”, “Química en reciclajes. Experimentos interactivos”, así como el taller literario “Pensar bien, escribiendo lo que se piensa”. Ha publicado las obras: *Bajo el cielo de mi tierra*, *Fiestas y costumbres mixas del Istmo*, *Magia y poder de la montaña*, *Venganza de la tierra, el sol y la luna*, *El llanto de tusas y conejos*, *Veladas de sonas, flores y tambores* y *El son de iguanas y quelites*.

El brillo de tus ojos

CÓMO.

Cómo saber de tu mirada
cuando tus niñas fijas no parpadean.
Pero te miro, sin cesar a cada instante,
aunque lejos, cada vez,
entre el sol, la luna y las estrellas.

Entre diversos silbidos, de avecillas,
imitando voces, a cada instante.
Con mensajes, siempre alegres.
Connotando, perfumes y colores.

ME GUSTAN.

Tus labios gruesos sin labiales.
Aromas naturales de rosas con jazmines.
Rubores sin pinceles, de piel canela.
Tus pies descalzos, aroma de azucenas.

TOCARÉ.

Sedantemente bellos, muslos y costados.
Alimentaré, tu cuello, espalda, oídos.
Bocanando desde oídos, a tu cuello.
Sosteniendo tu espalda, con pétalos de rosa.

Produciré calor en tu aliento,
Degustar siempre, tu mirada,
Liberaremos, ojos, manos al desnudo.
Trenzando de piernas manos, lenguas.

Imaginándote, mañanas despiertas.
Moviendo hilos de la hamaca.
Y en noches cansadas esparciré
aromas de rosas, a tu descanso.

SERÉ.

Un bastidor secreto,
que toquen tus manos.
Hilos, agujas o tijeras.
Rozando, piernas y olanes.

En el rubor de cada beso,
deslizarme en tus trenzas de sedas,
brillando como blanco encaje.
Ojos, palabras, caricias y amor.

Papaloapam

ENTRE MONTAÑAS, lirios con sauces.
Verdes milpas, bastos platanares.
Se proyecta la silueta que encanta.
Esplendoroso río Papaloapam.
Bañadas de sol, noches de luna llena.
Donde atrapas, las tibias mañanas.
Escarchas de follajes con flores.
Con la que acaricias a la mujer que quiero.
Extenso tu resplandor jarocho.
Oaxaqueñas de nubes por la sierra.

Cerro rabón en Jalapa,
Cerro Pelón en Yetla.
Te impregnan y ciñen con caricias.
Coquetas aguas, que aún me llaman.
Encanto de peces agujas, tenguayacas.
De piñas, mangos, frutas frescas.
Aroman tus aguas con sabores.
Extensos puentes, cual sirenas.
Oleajes de Temazcal y cerros de oro.
Cantarte mi gran Papaloapam.
Con el mismo amor de la mujer que adoro.
Llevo tu canto y te venero.
Con ansias locas de amor en celo.
Llévate al mar jarocho, cuando muera.
Cenizas, fogones, mi hoguera.

Dime

CUÉNTAME, qué has sentido con tu ausencia.
Después de callar, orgullosa abstinencia.
Del palpitante corazón agonizante,
muchas veces entre voces del silencio.

Si entre intentos de indiferencia.
Encontraste paz y compasión,
explícame, si fuí necesario al menos,
en depresivos deseos.
O seguirán silencio agonizante.

POR QUÉ.

Si llenas tus ganas, con apariencias,
con mensajes insuficientes,
tan cortas como cortantes,
sé que bastará tu soledad.

Si, al menos fui tu recuerdo.
¡Por qué! te has fugado en otro poema,
buscando el cobijo de otras rimas.
Un día fui tu sombra, luz y planeta.

CUANDO.

Olvidé tu rostro, tu cuerpo,
también, olvidos y desprecios,
pero tú corazón, aquí es eco.
Quisiera sentirlo liberado.

Ya no me hace daño tu ausencia
Tu eco se hace ruido, se van de mi escénica.
Sé que no te hace falta mi presencia,
poco a poco se vuelve adiós.

ÉSTE.

Agudo dolor lastimero,
tampoco puedo negar,
tampoco estar solo me ha agradado
y con todo esto, aún te puedo amar.

Siento, que, lo más bello,
tu disposición a escuchar,

cambiarte toda no podría.
Aunque nunca podrás cambiar.

HÁBLAME.

Dile al menos a tu espejo,
las veces que preguntaste,
sin labiales.

Cuando mentiste, a tu sagrario,
las veces que fingiste llorar.

Réplicas de inviernos, volverán monarcas en primaveras,
y de tu bastidor secreto,
o desde hilos de tu hamaca.

HABLAME.

Indio Istmeño. Tuxtepec, Oaxaca México.

Φ

JUAN ANTONIO JIMÉNEZ



(Río Grande, Oaxaca, 2000). Poeta, declamador, orador y normalista. Sus poemas han sido publicados en diversas revistas y antologías de circulación nacional e internacional, como la antología *Versos & Prosas* (Ed. Sexta Formula, 2020) y la *Ia Antología Colectiva De palabras a poesía* (ALICY, 2021); Revista *El futuro del ayer, hoy*, *Círculo de poesía*, *Revista Espora*, *Campos de Plumas*, entre otras. En el año 2017 fue campeón regional y estatal de declamación bajo el sistema educativo nacional Colegio de Bachilleres en el estado de Oaxaca (COBAO).

Ayotzinapa es latido tétrico

SOMBRAS DE MUERTE descansan

sobre aquellos ojos

que vieron bocas implorar nombres

y almas escupir el miedo.

Mis oídos sordos se hicieron a las voces

que reclaman un cuerpo

y ver por última vez un rostro.

El corazón expulsaba pedazos de noche

cuando ladraban los perros.

¿Quiénes son esos espíritus que me atormentan?,

¿a qué santos he recurrir cuando el sol se apague

y la luna en venganza se esconda de mis súplicas?

---preguntan los padres de los desaparecidos---

Tantas calles recorridas,

tantas palabras consignadas,

tantas marchas y plantones

para ser tomados en cuenta,

incontables veladoras encendidas

para alumbrar un camino;

todo no fue suficiente

para hacer entender a un pueblo

que aquí

la justicia no tiene ningún significado.

Mi verdad

SOY UNA PALOMA que defeca en el árbol de la vida,

un útero que guarda las gotas de lluvia.

Soy un recuerdo árido que se extrae de la copra,
un colibrí que succiona el alma de las rosas,
dos pies que caminan por una vereda colmada de cornizuelos.
Soy el rostro de un pueblo tatuado en una estela,
el eco de una estirpe olvidada
que resuena en las montañas.
La unión de tres culturas
que forman un solo poema.

Φ

GUILLERMO JIMÉNEZ GÚZMAN



(Juchitán, Oaxaca). Doctor en Educación. Ha participado en revistas internacionales de Chile, Puerto Rico, Argentina, España y México; también en 18 Encuentros y antologías nacionales en Michoacán, Estado de México, Veracruz, Ciudad de México, Puebla y Guerrero; así como en 13 antologías internacionales (Chile, Argentina, Bolivia). 1er. lugar internacional de poesía “Reyes de la Tertulia” Versos desde el Pilcomayo, 2020. Tarija, Bolivia. Tiene siete participaciones en ebook, España. Ha participado en nueve encuentros virtuales internacionales (Colombia, Chile, Perú, Argentina, México). Autor de los poemarios: *Senderos de Nostalgia* y *Esperanza* y *Homenajes* Embajador en México de Arcángel Dorado Award, con sede en Miami Florida.

Atardecer Zapoteca

EXISTEN MOMENTOS que se tatúan en cada poro,
que cual vital líquido interno renueva con suspiros nuestro sendero;
eso fue lo vivido, hasta hoy me pregunto si algún día la dicha tendré
de repetirlo...

La brisa marina conjugaba poemas,
mientras rostros morenos tornábanse naranja
atrapando a los últimos rayos solares de aquella tarde de mayo;

el canto de la flauta armonizaba con el palpitar del pueblo engullido
en la regada de frutas,
carretas adornadas, redes de pesca emulando arcoíris
cobijando corazones en las esquinas,

la fiesta empezaba a ser externa,
a fluir, desprenderse para ser compartida,
porque el corazón indígena es alegría sin fin, canto, poesía;

porque la esencia nuestra es armonía,
espiritualidad, sones, susurros marinos,
los vocablos caracolas emitiendo voces de nuestros abuelos,
del río, el ceniztle, el alcaraván y la tortuga.

La calle entonces se enfundó en huipiles, enaguas, algarabía,
danzas en cada movimiento.

El pueblo, se daba, se ofrecía...

Mientras, la naturaleza toda, comunicaba su dicha en lluvia sutil...

fue en mayo lo recuerdo y a veces ese pasaje después de un tiempo se torna... melancolía.

Volver a casa

ES VOLVER A ARMONIZAR la voz de mi madre y mis latidos estando en su vientre,
es cantar al unísono con mi padre y el sortilegio danzante de una hamaca.

Es aspirar el aroma a zapandú fluyendo de cabellos femeninos, deleitarse con un atol con queso, chocolate en agua, pozol con panela y camarones.

Reflejarse en mis pupilas la cromática flor de mayo, sorprenderse ante la sedosidad del corozo, usar de carruaje su cáscara, recorrer senderos de arena con pies descalzos.

Columpiarse en el árbol de tamarindo, conquistar su copa cual mástil en mar salvaje, hacer equilibrio en las vías del ferrocarril sin despertar durmientes,
acariciar estrellas, ponerse de corona luceros, contar historias mientras la brisa marina urge entre mis cabellos,

atisbar el mundo a través de un totopo untado de frijoles negros con queso fresco,
escuchar por la radio "el feo" en voz de los abuelos,
nadar como lagartos en el "río de los perros", observar la melancolía de las tortugas al depositar sus huevos en la arena,
perseguir mariposas hasta desviar nuestra atención libélulas en procesión a la luna.

Impregnarse de poesía, porque el zapoteco la inició con la primera silaba,

humedecer los ojos ante la honestidad y sensibilidad de mi estirpe,
sentir fluir el viento en mis sentidos con trinos, cantos místicos,
recibir la noche, suspirar, escribir los versos que genera el pueblo
en cada espasmo, a cada paso, en cada respiro.

Expresarnos con los astros, matizar la piel con el barro del camino;
constatar que el abrazo de los amigos sigue cálido a pesar de los
años idos.

Descifrar el lenguaje del viento unido al de nuestros ancestros
rindiendo pleitesía al universo,
traer el ayer al presente para reconfortar el interno pues en la niñez
vívida se forjan senderos;

emular al loro y al cenizote por la dicha del interno, imitar a las
olas que vuelven a la playa nutriendo de vida a la costa.

¡Volver a casa, es volver a llenar el pecho, la esencia, el alma;
pues he cumplido mi más ferviente deseo!

Φ

Maya Cartonera – Ave Azul

ÁNGELES LÓPEZ ALONSO



Licenciada en Educación Primaria. Tallerista y Promotora independiente de la lectura y escritura creativa. Creadora de Cartonera Curiosita, editorial que promueve la literatura infantil con historias inéditas y el libro artesanal.

Eustolia iqueracha

LAS HOJAS SECAS se paseaban entre los remolinos de polvo que buscaban los rincones de las calles perfectamente trazadas; los aerogeneradores de las eólicas amenazaban con salir disparados y perderse en la inmensidad de la Laguna superior, en el Océano Pacífico. Eran los días de viento cuando todo se detenía en Rancho Gubiña, una comunidad zapoteca ubicada al oriente del Istmo de Tehuantepec, justo en las corrientes de viento que circulaban en esa franja de tierra que une el Golfo de México con el Océano Pacífico.

Todo hasta las piedras se dejaban llevar. Las señoras cargaban en las caderas o en sus cabezas enormes canastas con productos frescos para la comida, sus enaguas ondeaban de un lado a otro, sus trenzas adornadas con listones coloridos se mecían al vaivén del viento. Los altavoces para anunciar las ventas del día giraban como veletas, por lo que los datos precisos del producto, costo y lugar sólo eran adivinados por la costumbre de escucharlos todos los días.

Las bicicletas se movían rápido si ibas al sur y lento, muy lento si tu destino era hacia el norte. Sentías que avanzabas dos rodadas y regresabas seis. Hasta el trino de las aves cesaba y los gallos adormecidos dejaban salir su canto al amanecer.

En esos días de ventarrón la escuela recibía pocos alumnos, quienes sus madres temerosas no les permitían siquiera asomarse a la ventana, amenazándolos siempre con la idea de que un día iban a volar tan alto por la fuerza del viento que se perderían en el cielo, como globo al soltarse de la mano de un pequeño niño en los días de feria.

Ahí vivía Eustolia, una niña hermosa de cabellera larga y abundante, ojos cafés, manos y piernas largas a la que todos veían como un bejuco tierno. Una ligera brisa, una pálida hoja; además era una niña muy inteligente y creativa, siempre pensando cosas hermosas que pudieran ayudar a otros, como por ejemplo: cómo acercar agua a los pájaros en los días de calor, cómo proteger a las aves de los aerogeneradores eólicos, qué hacer con el agua de la lluvia, cómo hacer crecer a las flores y los frutos, eran tantas

preguntas a la vez, que muchas veces tenía que sacudir la cabeza para borrarlas y volver a empezar .

Pero para la mayoría de las personas Eustolia era una niña tan extraña con los cabellos alborotados. Algunos niños dijeron un día que traía un panal de abejas entre los cabellos, otros llegaron a creer que guardaba celosamente una colonia de piojos, otros más que era rebelde y entonces llovían las opiniones.

—*No sé qué esperas para trenzar a esa niña*— decía la abuela mientras metía las tortillas de nixtamal al horno.

—*Con ese cabello alborotado se te va a poner rebelde*— decía la tía Luisa, quien dedicaba sus tardes a bordar hermosas y coloridas lores en un huipil y no quitaba la mirada del bastidor ni siquiera para pedir un vaso con agua.

—*“Iqueracha”*— dijo sonriente el abuelo desde su hamaca, palabra que significaba “ cabeza alborotada” en su lengua materna, el zapoteco.

—*Las trenzas hacen a las niñas bonitas, y sólo a la gente loca es a la que le gusta andar con el pelo alborotado*— remató la vecina que desde su patio se unió a las opiniones.

Entonces la mamá de Eustolia, a la que le encantaba su hermosa cabellera, le guiñó el ojo y la sentó en sus piernas. Mientras le trenzaba la melena alborotada le susurraba al oído lo mucho que la quería, para que aquellas palabras no le llegaran al corazón.

Pero a Eustolia no le molestaban las miradas raras, ni los cuchicheos, ni los comentarios que todos a su alrededor hacían, ni nada de eso. Y no es que no le gustaran las trenzas, contrario a eso, se sentaba a ver las trenzas de todas las mujeres de su comunidad, y notaba que eran diferentes. Había algo que las hacía especiales, pero no sabía qué. Lo que todos ignoraban era que, bajo su cabellera alborotada, vivían hermosas mariposas blancas que al aletear dejaban un hermoso perfume a flores frescas por el camino; el sol parecía darle energía a través de su calor, que cuando la abuela se quemaba en el horno de barro, o la tía se pinchaba un dedo en su hora de bordando, rápidamente corría Eustolia a pasar sus cabellos dorados sobre la parte afectada y sanaba

inmediatamente. Cuando el viento revolvió su cabeza se sentía fuerte, poderosa y mágica.

Lo mismo ayudaba a las hormigas a llevar alimentos hasta su hormiguero como a los saltamontes devolviéndolos cuando se extraviaban de las hojas de los árboles. En la escuela ocurría lo mismo. Los días con el cabello alborotado le permitía conocer los números más allá de lo que los maestros enseñaban. Podía leer y comprender muy bien las lecciones de sus libros y correr fuerte en el patio a la hora del recreo, hablar con los cotorros parlanchines, subirse a las ramas de los árboles y ganarle a todos en las canicas, la gallina ciega y las atrapadas. Pero sucedía algo extraño cuando su mamá la trenzaba, Eustolia se volvía triste, apagada, nada la hacía sonreír, no entregaba las lecciones a tiempo. El rayo del sol la extrañaba y las mariposas escondían tristes sus alas olorosas. Con el cabello alborotado, libre, Eustolia se convertía en un hada del mundo, de los cuentos, de la naturaleza, de los números. Por eso cuando escuchaba "Iqueracha" sus ojos cambiaban de color y sonreía feliz, porque al parecer el abuelo le había atinado.

Así que los días de trenzado eran también un descanso para Eustolia. No pensaba en tantas cosas, su alma se aquietaba y veía sólo una cosa a la vez.

—*Tal vez por eso las mujeres se trenzan todos los días para guardar tantas cosas*— pensaba en voz alta mientras las mariposas aleteaban a su alrededor.

Una tarde que todo en Rancho Gubiña era quietud, mientras descansaban en sus hamacas, catres y mecedoras, en los corredores de tejabana, parvadas de aves decoraron el cielo, remolinos de hojarasca se empezaron a levantar, las gallinas empezaron sus cacareos, los perros aullaron tristemente. Entonces empezó el movimiento de la tierra. Primero de adelante hacia atrás y luego en círculos. ¡*Temblor!* ¡*Temblor!*!, se escuchaba en la quietud del pueblo, algunos adormilados salían descalzos, otros más estando afuera regresaban por sus cosas. Los niños lloraban y las abuelas y mamás repetían rezos que aprendieron de niñas, encomendando su vida a los santos patronos que según las costumbres del lugar eran milagrosos.

Duró pocos segundos, que fueron eternos, y bastaron para que varias casas colapsaran con abuelitos, niños, y todas las cosas dentro. En pocos minutos todo fue caos. Se escuchaban los gritos de ayuda. Varias personas más afuera de sus casas lloraban la desgracia del sismo que había sacudido la tierra y con ello todo lo que en silencio estaba.

Eustolia se empezó a desenredar las trenzas. Sabía que era el momento de ayudar, así que empezó a recorrer las calles que eran desesperación y gritos de ayuda. Al pasar por la casa de la señora Rosita, la panadera, escuchó lamentos y quejidos debajo de los escombros: —*Eustolia, ayúdame*— dijo la señora Rosita, quien olió las mariposas blancas de la pequeña y supo que podían ayudarla. Rápidamente los vecinos le tendieron la mano.

Pasaron por la casa del zapatero y ahí estaba afuera llorando por su gato que se quedó atrapado en el cuarto de zapatos viejos. De nuevo Eustolia con su escuálida figura cupo por la rendija y encontró a Martillo, el gatito de don Pablo. De la misma manera pasaron por el centro de salud que tenía una fila interminable de heridos, y de nuevo Eustolia y su Iqueracha logró sanar las heridas superficiales, porque ella no era maga ni bruja, menos curandera, sólo tenía las palabras más bonitas para sanar las heridas y no sólo físicas, también las del corazón.

Así lo hizo con Raulito, el hijo de la costurera, que había perdido a su perro, pues al momento de la tragedia estaban sacando agua del pozo. El perrito cayó y no pudieron rescatarlo, pero con sus palabras de consuelo y la seguridad de que su perro estaba en un buen lugar, el pequeñín dejó de llorar; así recorrió Eustolia con ayuda de los voluntarios: ayudando, salvando y sanando.

Las mujeres entonces observaron su ir y venir y quisieron unirse a la ayuda. Soltaron los listones y de sus cabellos empezaron a salir aves, palabras, colores, historias. Todos vieron cómo la fuerza de las mujeres se unieron para sanar de nuevo la comunidad después del movimiento de la tierra. La ayuda se replicó. De inmediato todos unieron sus esfuerzos y a través de los altavoces avisaron a las personas para que se acercaran a la plaza que no sufrió daño y podría ser un buen lugar para cuidar a los que se quedaron sin hogar. Así lo hicieron, y pronto las buenas personas se sumaron a

la ayuda. Al anoecer la plaza se convirtió en una lunada entre risas, lamentos, anécdotas, temores; pero también agradecimientos para Eustolia, quien con sus mariposas blancas, su delicada figura, sus palabras bonitas y la chispa para sanar al mundo, la habían convertido en una niña especial. Ahora nadie hablaba de su cabello alborotado ni de los piojos, ni de las abejas.

Eustolia estaba feliz. Valía la pena ser Iqueracha, ser única, auténtica, y poder ayudar a todos. Mamá la recostó en sus piernas y le susurró al oído: —*Mi confianza estará siempre puesta en ti*— mientras trenzaba su hermosa cabellera —*Es hora de descansar, mi Iqueracha*— dijo suavemente.

Al día siguiente, cuando Eustolia despertó, ya varias personas estaban de pie. Con sus carretas recogieron el escombros, limpiaron las casas. Los más jóvenes construyeron techos de palma fresca que de manera provisional servirían para que todo volviera a levantarse. Un cazo de comida caliente humeaba ya. El desayuno fue una fiesta. Un grupo de músicos alegraron el día con los sonos regionales, y las mamás y abuelas con sus huipiles y enaguas comenzaron a bailar. En ese momento hasta las niñas se unieron al baile, y entonces Eustolia vio las trenzas moverse al vaivén de la música. Era una forma distinta de verlas ondear, no tenían el mismo movimiento cuando veía a las señoras vender, porque las veía fuertes. Tampoco las veía tiesas como las que les hacían a ella y las niñas cuando iban a la escuela. No se parecían a las de tía Luisa cuando bordaba, porque sus trenzas eran suaves y se enredaban en la pata del bastidor. No, las trenzas del son eran unas alas de pájaro sobre el cielo.

Eustolia, por primera vez quiso trenzarse para poder ondear su enagua al son de la música de viento y que sus trenzas se movieran igual. Su familia estaba contenta porque sin decir nada, ella sola había decidido trenzar su larga cabellera, y entonces bailó y disfrutó como nunca ver sus trenzas ondear.

Después de ese día todo cambió en Rancho Gubiña. La población se volvió más unida, más festiva, más agradecida y muy feliz. Ya no había regaños ni cuchicheos para Eustolia, todos habían descubierto que después de mostrar su fuerza, amor por las personas y todas las cosas del cielo y la tierra, su fortaleza no estaba

en sus cabellos alborotados ni en las trenzas, estaba en su corazón y la pasión con la defendía su naturaleza. Al fin podía andar trenzada o con los cabellos libres al fuerte viento, lo mismo decidía quietud para su alma o acompañar a las mariposas blancas con sus olorosas alas.

Eustolia descubrió que todas las mujeres, al menos las de su pueblo, tenían en sus cabellos libres muchas historias que contar, mariposas de otros colores y otros aromas que siempre las acompañaban, y que trenzar sus cabellos no estaba mal. A veces era sano aquietar también el alma. Así que a partir de ahora disfrutaba de ambas cosas, pero en el fondo de su corazón le gustaba más ser, la del cabello alborotado que de vez en cuando trenzaba las tristezas, aquietaba el alma, bailaba el son de su tierra con sus cabellos trenzados. Pero muchas veces era libre, única, singular. Era Eustolia Iquerach, la del cabello y corazón alborotado.

Φ

JORGE MAGARIÑO



(Juchitán, Oaxaca, 1959). Ejerce el periodismo cultural desde 1988. Antologado en diversas publicaciones. Ha publicado los poemarios: *El animal en su reposo* (1985), *Nombrando las cosas* (1995) y *Adiós a La Habana* (2005); en prosa, *Eróticos anónimos* (1997). Autor de la antología *Laguna superior, poetas del Istmo oaxaqueño* (2008).

gubidxasoo@yahoo.com.mx

Facebook: Jorge Magariño

Quién pudiera

QUIÉN PUDIERA hundirse en el agua de tus ojos,
nadar en la luz de tu mirada,
tomar a lento sorbo
el sabor que habita más allá de tus pestañas,
agitarse en el río de tu sangre,
hacerse uno con la sístole y la diástole
en que conversan los hilos de tu pecho,
perderse en la marejada de tu oscura cabellera
y salir con el brazo jubiloso,
enarbolando palabras de alegría.

Como leña que arde

LLÉVAME AL MAR de los asombros,
donde la luna de tu cuerpo resplandece
y el sol de tus ojos ilumina intensamente
la ruta azul de los deseos,
la llegada feliz de tu cintura.
Llévame al campo fértil de tus manos,
dame de beber el agua de tus senos,
deja que mi boca se llene
con la dulzura que mana de tu bosque oscuro,
que el afiebrado sonido de tu voz
inunde el espacio en que te espero siempre.
Deja que tus pasos lleguen
a la infinita nube en que mi hambre por ti
se desgasta, se consume lentamente,
como una leña que arde

sola en el fogón del desespero.

Φ

ARACELI MANCILLA ZAYAS



(Estado de México, 1964). Escritora. Estudió Derecho y Cultura contemporánea. Vive en Oaxaca desde 1986. Ha publicado varios libros de poesía, el más reciente *¿El último río?* (La Maquinucha Ediciones, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, 2019) y el libro de ensayo *Los astros subterráneos. Mito y poesía en Clara Janés* (Universidad Veracruzana, 2016).

Foto de: Renata Heromi

Noche con Lezama

HABÍA PASADO la noche leyendo de la nieve. La nieve caía en las calles desiertas de una ciudad tropical. Fue una nieve tibia y traspasada por la mirada del mar. El mar, a esa hora, era el lagarto donde se reunían, en rebaño, las nubes. Las nubes esperaban señales de tormenta para ir a morder la curiosidad en las copas de las palmeras. Ella no sabía que en esa ciudad crecía un hombre solitario. En una mansión antigua, él avanzaba hacia alguna parte de su cuerpo. Crecía hacia adentro, igual que el musgo de las piedras después de copular con el agua. Desde ahí lanzaba, al futuro, copos de sal humedecidos con saliva, desechos luego en el papel, revueltos, finalmente, con el desplumadero de alcaravanes caídos durante siglos sobre el cañón del fuerte.

Ella sólo supo que la nieve había descendido sobre su ser. Lo supo porque la despertó el silbido malva de aquel cretácico. En ese tiempo, ella fue el brote de un junco alzándose en las orillas de las primeras aguas. Las aguas la mecían. La nieve le hablaba.

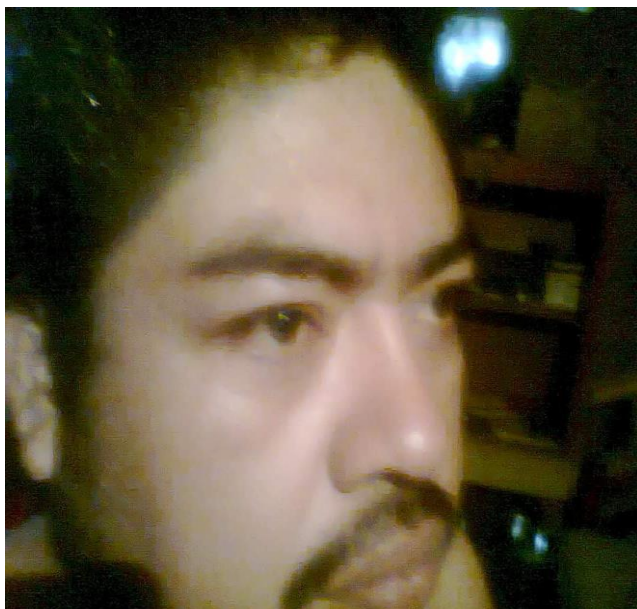
Septiembre

CUANDO CUMPLISTE cincuenta y dos llegaste a la casa azul con una maleta o menos una caja sólo como una balsa preparada para lanzarse a la corriente último refugio de algo eso aniquilador perseguía atrayéndote-alejándote-alejándote-atrayéndote aquella vorágine ponía pálido y silente tu rostro así te vi aquel día soñé pensando esa visión como un mensaje y sí fueron entonces días del jardín y su sombra tu navegar entre la hierba y dejarte adormecer por trinos de pájaros alamillos plantas cansado de sufrir cómo crecía en tu letargo el desapego de dolencias necias viejas brujas de la mente allá en lo solo muy lejos en la invención dentro de ti en lo escondido en donde nadie más tu respiración agitada o esa nostalgia húmeda ese resabio de lo mudo callado secreto en ti exacerbado hacia dentro despellejamiento con mucho sol cuánto sol necesitaba tu cuerpo todo el sol de muchos días para secar esa humedad dentro de ti esa llovizna interna visceral esa agua

turbulenta oscura y estancada la secó el sol siempre benigno y generoso con tu avidez de la vida en el afuera con los demás sin ese dolor pesado piedra piedad de ti perdón y después levedad vela viento mar al mar a mi barca ven dijiste ven sin estar tan seguro pero sí quizá sí porque en tus ojos había la afirmación de quien taja su tumba e inventa vida pues al fin y al cabo vivir es invención dijimos sea acá y allá vayamos a los bosques arcaicos a la niebla a los sitios sagrados a lagunas ríos plazas posadas iremos fuimos y en el hotel Zentral desde un balcón donde cualquiera podría vernos nadie veía pues estábamos a años luz de la normalidad del mundo centuplicados en realidades no visibles nuestros cuerpos fungían lenguajes sobre la marcha sobre la marcha sobre la marcha iba sucediendo el azar enseñándonos igual si fuésemos recién paridos cuando lo somos a perpetuidad pero poco sabíamos en el orgasmo verde supe me dije nada sé aun ahora recién me entero visión esmeralda es la luz del corazón esa serenidad de tus manos eres tú en ti sobre el oleaje de palabras cuántas palabras nuevas diferentes se necesitan para poner a cocer la inmensidad cruzar océanos llegar a murallas medievales a liturgias mozárabes a amigos contertulios sublimes castellanos clásicos gaélicos andaluces de un idioma parecido pero gritón tiempo remoto festivo como las aceitunas maravillas novedad del ser en la rosa roja de la perfección ojos constelados de la maga dulce clara claridad claridades gozo de lejanías crecen en tus pies danzantes rumorosa noche en teatro de silencio barrio nudo cordial con primeros acordes contando diciendo preparándose miro esa visión he sido si dolor si furia si desprendimiento si risa he estado viéndote ese espejo del otro ese mensaje al sí mismo de resonancia destello es el refugio es el otoño es septiembre es septiembre es septiembre sonoro el mes de los inicios.

Φ

CLAUDIO MÉNDEZ ANTONIO



(San Juan Bautista Tuxtepec, Oaxaca) Ha escrito y publicado en diferentes grupos culturales, difundido la cultura y folklor de su estado natal. Escribe prosa poética, cuento y verso libre en octosílabo y es integrante de la asociación artístico cultural “El flamenco”.

Tuxtepecana

ERES LA MIEL de la caña
el dulce néctar del mango
alegría de la mañana
escrita en cada huapango.

Flor silvestre que en el campo
engalanas la llanura
la inspiración en el canto
reflejando tu hermosura.

Eres cuenca y eres rima
espiga de los maizales
la suave arena tan fina
de tus playas y arenales.

Alegría y sabor del son
en las noches de fandango
del sentir del corazón
en las letras del huapango.

Eres el rayo de plata
que corre bajo la luna
llamado Rio Papaloapan
de la cuenca su fortuna.

Alegría, vida y pasión
del alma del jaranero
la fuente de inspiración

del versar del decimero.

Eres un sueño anhelado
creciendo en los platanales
maduro, verde o dorado
se disfruta en las ciudades.

En ti brilla la ilusión
en tu sonrisa de niña
entregando el corazón
al bailar la flor de piña.

Pasión, historia y cultura
bañan tu traje escarlata
mujer que bajo la luna
eres un rayo de plata.

Eres la flor riverseña
de aroma y alma serrana
linda mujer oaxaqueña
hermosa tuxtepecana.

Oaxaqueña

DUEÑA DEL amanecer
del verdor de la campiña
de labios color clavel
con tu inocencia de niña.

De la cañada a la sierra
de la costa al sotavento
Eres la voz de la tierra
la esencia de un pensamiento.

Llevas en ti las montañas
junto a sus ríos caudalosos
el amanecer de la mañana
impreso en tus lindos ojos.

Eres caudal de pasión
del trabajo de tus manos
reflejado en la ilusión
de una sonrisa en tus labios.

Vestigios llevas de antaño
de un mosaico de colores

vestimenta que en los años
representa tus regiones.

Eres nota y melodía
entre el murmullo del viento
un cantar con alegría
escrito con sentimiento.

Esencia y rima del son
del versar de la chilena
el cantar de un corazón
en noche de luna llena.

Tu andar y porte orgulloso
manifiesta tus raíces
reflejados en tus ojos
con diferentes matices.

Eres flor de la rivera
señora y dueña del viento
tu piel de color canela
la llevo en el pensamiento.

La magia está es tus cabellos
agitados por la brisa
en tus lindos ojos negros
lo hermoso de tu sonrisa.

Eres un sueño divino
escrito entre las estrellas
marcando así tu destino
en monumentos de piedra.

Serrana blanca o morena
joya fiel del mestizaje
eres la flor oaxaqueña
adornada con encajes.

Φ

LIANA PACHECO



(Ciudad de Oaxaca, 1986). Lectora ferviente, que, conmovida por las emociones que evocaron sus autores predilectos, decide escribir sus propias historias. En el 2018 fue seleccionada del taller que organiza la editorial Almadía "Escribe en corto una novela", impartido por el cronista Juan Manuel Servín. En agosto de ese año se integra al Colectivo Cuentero, un espacio de escritores oaxaqueños. En 2020 su antología *Dualidad de caos* es ganadora en la categoría de cuento de la convocatoria estatal Colección Parajes 2020, premio impulsado por la Secretaría de las Culturas y Artes de Oaxaca.

Convenio

EL PADRE de Ninfa guardó la llave en el bolsillo interior de su saco. Permaneció unos segundos junto a la puerta, se cuestionó si aquello era una medida drástica para contener el carácter rebelde de su hija, pero retomó su camino a la salida de la casa, a pesar de que el eco de los gritos llegaba a sus oídos.

Antes de salir entregó las llaves a Cleo, su fiel sirvienta que luego de la muerte prematura de la madre de Ninfa, la crió como su hija propia. La mujer agachó la mirada ante el rostro de ceño fruncido de su patrón.

Cuando Ninfa observó, a través del ventanal de su habitación, que el auto de su padre salía a la calle, sacó una maleta debajo de la cama y del cajón de su cómoda tomó un duplicado de las llaves. Acomodó los almohadones y los cubrió con el cobertor simulando un cuerpo inerte, encima de éste colocó una nota:

“Padre: Me resigné a tu designio de casarme, a pesar de que este convenio es para acrecentar el poco patrimonio que te queda y no por brindarme felicidad. Iré a París con Nella. Quiero deleitar la vida antes de pasarla al lado de un hombre que no conozco. Dile a Cleo que compre mi vestido de novia, volveré a tiempo para usarlo”.

Ninfa introdujo la llave en la cerradura del ventanal, abrió las hojas de vidrio y saltó al patio. Por suerte su habitación estaba en la primera planta de la casona. La joven aprovechó los minutos que demoraba Cleo para ir a cerrar el portón. Cuando la sirvienta la descubrió, Ninfa corría apresurada varias calles delante de la casa.

—*Moncheri*— dijo Nella al ver a su amiga, mientras el chofer puso la maleta en la parte trasera del auto. —*¿Algún problema?*

—*No*— respondió. —*Pero vámonos antes de que los haya.*

—*¿Dejaste la nota?*— Ninfa asintió. —*No creo que le hayas avisado a Héctor, ¿verdad?*— Ninfa giró el rostro, sus ojos reflejaron el brillo de emoción por escuchar ese nombre.

Conoció a Héctor un día que caminaba en la plaza del centro. Al acercarse al aparador de una tienda, el tacón de su zapato se atoró en el adoquín; en un intento por sacarlo, se rompió y cayó al suelo.

Él salió de la tienda, la contempló unos instantes y ella sintió que su pecho arremolinaba toda la sangre de su cuerpo a su rostro.

—*Permítame ayudarla*— dijo sonriendo y tomándola del antebrazo con delicadeza.

—*Gra... Gracias*— titubeó Ninfa.

—*Qué conveniente situación*— dijo él cuando vio la causa de su caída. —*Justo hoy que abrimos*— señaló una marquesina cercana: “Zapatería”.

El corazón de Ninfa latía exaltado mientras observaba al hombre: piel apiñonada, un rostro enmarcado en barba y rizos desaliñados que colgaban en su frente. Por la camisa raída y sucia que usaba, ella supuso que era un trabajador de la tienda. Cuando sus ojos se encontraron, él se presentó:

—*Mucho gusto, señorita. Me llamo Héctor*— ambos sonrieron.

Ninfa volvió días después, con el pretexto de buscar unos zapatos para obsequiarle a Cleo en su cumpleaños, omitiendo el detalle de que faltaban cuatro meses para esa fecha. Lo encontró instalando una lámpara dentro del escaparate. Él salió a su encuentro y charlaron por varios minutos.

Sus encuentros se prolongaron por semanas. Ella salía de casa, alegando cualquier pretexto para que Cleo no la acompañara. Estaba cautivada por su manera cortés al tratarla y sobre todo por el sentido del humor. Ninfa no recordaba que hubiera reído tanto antes.

Las escapadas para ver a Héctor terminaron cuando Ninfa se enteró de que su padre había decidido casarla con un adinerado comerciante recién llegado a la ciudad. Ella se opuso y amenazó con escapar antes de casarse con un desconocido. Para evitar tal atrocidad, su padre la encerró en su habitación.

El viaje a París fue el deleite que planearon. En el teatro Comédie-Française escucharon a Édith Piaf cantando “*La vie en rose*”. La apasionada letra e interpretación conmovieron a Ninfa, que terminó llorando en los brazos de su amiga. Lloró para desahogar la angustia de la vida que le esperaba al volver, un convenio matrimonial junto a un hombre que no emocionaría su corazón del mismo modo que Héctor.

Cuando Ninfa estaba en el asiento del avión, vio su reflejo de la ventanilla y pensó que quizá habría una manera de escapar del destino que convinieron para ella, pero era más grande el miedo a huir y enfrentarse sola al mundo. Suspiró, antes de cerrar sus ojos contempló la noche iluminada de París y evocó el recuerdo de la sonrisa de él. Esa madrugada, el cielo nocturno se estremeció, una falla mecánica fue la causante de que el avión en que viajaban de regreso se estrelló. Siendo así la muerte la que liberó a Ninfa de ese convenio.

En el cementerio, el padre de Ninfa era consolado por un hombre de elegante traje negro que se abrió paso entre las personas. Poco le importaron las miradas inquisitivas y las murmuraciones.

—*¿Es ese el sujeto que se casaría con la señorita Ninfa? Escuché su nombre hace un momento, pero lo olvidé.*

El hombre llegó al féretro. Ella lucía hermosa, con una naturalidad ajena a la muerte, como si se tratara de Ninfa postrada en su cama, durmiendo con el ajuar nupcial que Cleo había comprado.

—*Sí, nuevo y estrafalario rico. Él hace personalmente algunos de los arreglos de las boutiques que adquirió en la plaza del centro.*

El hombre colocó encima del féretro un ramo de flores blancas, luego observó el lento descenso al sepulcro, mientras la tierra cubría la madera brillante.

—*¡Ah, ya recordé cómo se llama!*

Al volver el rostro, las lágrimas recorrían la piel apiñonada de Héctor y en su frente colgaban los rizos desaliñados que tanto le gustaba acariciar a Ninfa.

Φ

ANTONIO PACHECO ZARATE



(Santa Catarina Juquila, Oaxaca). Escritor autodidacta. Ha publicado en periódicos locales de la ciudad de Oaxaca y en revistas y páginas literarias. *Una caja y cuatro velas* es parte de *Sol de agosto*, su primera antología de cuentos.

www.facebook.com/antonio.zarate.7737769

twitter.com/antonio_zarate

medium.com/@antoniopachecozarate

Una caja y cuatro velas

UNA TOLVANERA envolvió al anciano. Trastabilló hasta detenerse de golpe dibujando un gesto de dolor. Torció el pie sobre la goma del calzado y miró. Le escurría un hilillo de sangre.

Atravesó el patio, apurado y renqueando. Tuvo que aventar a manotazos el alborozo del perro para abrir la desvencijada portezuela de la cocina, separada del dormitorio por una tela amarrada con cintas. Ambos espacios eran pequeños, de tablas deterioradas por el tiempo, piso de tierra, grandes rendijas por las que escapaba el humo o se colaba el viento. Todas las casas alrededor mostraban las mismas condiciones sobre un paisaje esculpido por las sequías. Su mujer levantó una tortilla de maíz del comal y lo miró con fastidio.

—*Cierra esa puerta, caramba, que ya conoces al mañoso de tu perro*— dijo. Él obedeció. —*Acuérdate de lo que nos hizo con la bolsa de galletas que me regaló nuestra ahijada. ¡En nuestras narices se dio mejor cena que nosotros!*

El anciano se sentó y se quitó una sandalia. Pasó suavemente la mano por ambos lados.

—*¡Te he hablado mil veces de la diferencia entre pobreza y suciedad!*— dijo la mujer mientras apagaba el fuego del comal. —*Ve a lavarte las manos, que ya vamos a comer.*

Dejó caer la sandalia y apretó el talón contra la pata de la mesa. Ella retomó el asunto del perro.

—*Desde hace tiempo debimos quemarle el hocico para quitarle lo cusco. Si nos descuidamos, cualquier día de estos nos deja sin comer.*

—*Me da lástima. Lo que se les quema es la campanilla, no el hocico.*

—*Pero él no tiene lástima de nosotros*—. Le puso enfrente un caldo en el que flotaban algunos frijoles.

—*A este paso*— dijo mirando el plato —*en lugar de entrar, el perro va a querer salir corriendo*—. Un gesto de dolor interrumpió el intento de una sonrisa.

—*A este paso nos lo vamos a comer a él después de vender la gallina que nos queda*— alegó ella.

—*No debiste vender ninguna. Ese dinero se nos fue como el agua*— se dirigió al lavadero. Ella lo siguió.

—*Había que pagar las deudas.*

El anciano flexionó la pierna y se lavó el pie a jicarazos; ya no sangraba.

—*¿Qué te pasó?*— preguntó ella. —*¡Déjame ver!*

—*Seguro fue una espina.*

—*¿Y si fue un clavo?*— insistió en mirar. —*Tú no tienes la vacuna del tétanos. Deberíamos ir al doctor.*

—*Decía nuestra hija que no sólo en los metales está el tétanos. ¿Y qué doctor me querrá atender gratis? El centro de salud se convirtió en otra casa abandonada.*

—*Vendemos la gallina.*

—*No, mujer, no. Al rato busco allá enfrente*— señaló el lugar sin mirar. —*Si encuentro el clavo, lo pones a hervir y me tomo la infusión y ya. De algo me tengo que morir de todos modos.*

La conversación continuó en la mesa.

—*Cuando ese día llegue, compra la caja más barata y cuatro velas. El dinero que traiga la gente, guárdalo, no lo uses en esa tontería del novenario de rezos y el cabo de año. Yo me encargo de hacerles saber allá arriba que me tengo ganada la gloria, después de tantos años de malvivir esperando que se acuerden de nosotros.*

—*¡No reniegues! Que aunque tortilla con sal y agua, Dios no nos abandona.*

—*Hace rato que para seguir, ya no me alcanza ni la fe, mujer.*

Ella no le rebatió.

—*Después del entierro, vende este terreno y vete a casa de alguna de tus hermanas. A ella entrégale las tres cuartas partes del producto de la venta...*

—*¡Las tres cuartas partes!*

—Sí, que sepan que después de eso te quedas con apenas nada para cualquier necesidad. Así no te tomarán por una arrimada. Y procura que mucha gente se entere del trato. Pregúntale a la hermana que tenga a bien recibirte si puedes llevar contigo al perro. Así no tendrías que abandonarlo a su suerte.

—Ese animal dañino, ¿quién me aceptaría con él? Y de hacerlo nos corren el mismo día. Ahora que, con el genio que me cargo es más probable que decidan quedarse al perro y me corran a mí— dijo, echándose a reír de forma tan contagiosa que rieron por un buen rato. —¿Por qué dices estas cosas? —preguntó ya recuperada.

—Estamos viejos. Tenemos que pensar con la cabeza fría. No tardo en morirme o en ser una carga. Creímos que nuestra hija cuidaría de nosotros y mira: allá arriba, donde todavía confías que nos procuran, decidieron llevársela antes.

—Él sabe por qué hace las cosas y cuándo. No me gusta escucharte hablar como si desearas morir.

—En mi situación, el deseo y el presentimiento son la misma cosa. Lo que más me preocupa ahora es que tú te enfermes de algo grave, y desde este lugar resultará más difícil recibir ayuda si te quedas sola. Por eso quiero que te vayas al pueblo con alguna de tus hermanas.

—Tú lo que andas buscando es deshacerte de mí de una vez para buscarte otra.

—Una que no se queje de mi perro— completó con seriedad, el índice levantado. Apartó el plato y se incorporó.

—¿A dónde vas?

—A frotarme un poco de alcohol en los pies y recostarme un rato.

Sentado en el borde de la cama, el anciano entrecerró los ojos y examinó otra vez el calzado. Con la sandalia en la mano, el pie descalzo en puntillas, fue a levantar la tela que cubría la ventana. En la calle, su mujer buscaba afanosa en el suelo, cerca de donde recibiera el pinchazo. Ella se enderezó mirando hacia arriba. Las primeras gotas de lluvia rebotaron en el tejado.

Φ

SABIDO PÉREZ RAMÍREZ



(Tuxtepec, Oax., 1959). Narrador y promotor cultural. Promotor de encuentros literarios. Sus trabajos han sido publicados en revistas literarias como: *Tierra adentro*, *Cantera verde*, *Plan de los pájaros*, *Manglar*, etc., y antologías. Ha participado en diversos encuentros de escritores. Fue ganador del premio literario FOESCA 2004, con el libro *Escamas de luna*. Recibió el apoyo PACMyC 2009, para la edición del libro *El laberinto*. Fue fundador de la Asociación Artístico-Cultural El Flamenco A.C., de la que funge como presidente. Fue miembro fundador de la revista literaria *Plan de los pájaros*. Fue miembro fundador del premio nacional de poesía “Tuxtepec río Papalopan”. Actualmente es el cronista oficial del Municipio de San Juan Tuxtepec, Oax.

Busbús

MI CONDICIÓN de pordiosero me enseñó a sobrevivir en las peores circunstancias. Un trastorno mental me echó a la calle como perro en celo. Cuando mi familia se dio cuenta de mi locura me ataba en la ventana de la casa, pero yo siempre escapaba. No recuerdo en cuántos lugares anduve, ni desde cuándo o porqué me pusieron el sobrenombre de Busbús. Algunos compañeros dicen que cuando llegué al puerto comía zopilotes asados o hervidos con agua de mar. No recuerdo bien eso que comentan, pero aún tengo el gusto por esos deliciosos pajarracos.

Hace poco tiempo comencé a tener nociones de mí, a recordar algunos episodios de mi familia, sin embargo, no tengo deseos de saber más de ella; ya me habitué a esta vida en el puerto. Los pescadores me enseñaron su actividad, a tejer y remendar redes y construir lanchas con fibra de vidrio. Aún no sé si ya recobré mi memoria, pero todo lo que hay en mi rededor me pertenece: el mar, quien me enseñó a dominar mis vértigos; los manglares con sus patas de coral; el río y sus espejuelos de arcoíris; chozas, redes, lanchas y barcos. Al menos eso me dijo el Picuda cuando me vio luchar con mis recuerdos: *“No te preocupes, Busbús, ¿aún no te das cuenta? todo lo que te rodea es tuyo”*.

El Picuda es gracioso y divertido, a pesar de ser gruñón. Siempre anda sin camisa, tal vez para lucir las cicatrices en el cuerpo, provocadas en pleitos con los pescadores. Goza las heridas de golpes y navajazos. Algunas veces termina en la clínica, cuando no, lo curamos nosotros, sus amigos. En una ocasión le remendé una oreja mordida por su compadre el Ballena, con quien se pelea con frecuencia. Éste es un tipo fortachón, de un metro noventa de estatura; igual que al Picuda le gustan los piquetes de mosquitos en la espalda desnuda. Como son inseparables, los costños saben que cuando se emborrachan es inevitable el espectáculo. Se juntan con otros pescadores en la playa, cerca de donde guardamos las redes y motores. Se sientan alrededor de un cartón de cervezas, y asan pescados en una fogata. Fuman marihuana, cuentan chistes y cantan. El humo atrae a infantes de marina que rondan por el puerto. Los pescadores no temen a los guardianes, pues están

acostumbrados a compartir con ellos el pan y sal, cervezas y marihuana.

Desde aquí escucho el alboroto que se tiene desde hace rato. Después de pescados al carbón, chistes, anécdotas e insultos comienza la gresca. La gente se acerca a presenciar el agarrón del Picuda y su compadre el Ballena. La estatura bajita del primero ayuda su agilidad, hace divertido el espectáculo. Los pescadores animan con apuestas de hierba, caguamas o cartones de cervezas; alguien apuesta el arma de un Infante que se revuelca en su vómito; el otro marino duerme con su tartamuda en brazos.

El Ballena hace girar a su compadre soltándolo sobre el guardia que intenta levantarse. El hombre queda boca abajo. El Picuda cae, y como resorte se impulsa sobre su contrincante.

Alguien avisa al cuartel. El arma de la apuesta cae sobre el guardia que está con las nalgas para arriba. Media docena de soldados se lleva a los guardias abatidos por el alcohol y la droga. Los pescadores no se asustan con la presencia de los infantes, pues ya conocen el desenlace. Ahora la diversión es de los azules, quienes se llevan a los compadres a un cuadrilátero en la base de Marina, donde continúa el espectáculo, hasta que los pescadores caen abatidos sobre un charco de sangre. Los guardias les avientan agua y los echan a la calle. Los compadres llegan abrazados al muelle, a continuar la parranda.

No me divierte verlos pelear. Prefiero tomar un sabroso caldo de camarones y presenciar de lejos la trifulca.

Al sol le gusta el agua salada, por eso en las mañanas sale del mar con su cara colorada, y su alegría se refleja sobre las olas. El día despierta con la red entre mis manos, mientras los pescadores buscan comida para quitarse la cruda.

—*Yo sé que siempre haces caldito de pescado, Busbús*— me dice el Picuda como si trajera un pedazo de red en la boca. Le indico la olla de langostas, y ellos buscan en qué servirse.

—*¡Estos bichos ya no sirven, Busbú!* — dice alguien con la olla rebosante de espuma. Yo saboreo los camarones, despreocupado.

—*¡Pinche zopilote, si nos pasa algo tú serás el culpable!, se quejan mientras comen temerosos, mordisqueando los caparazones.*

El sobrante se lo doy a un cerdito que merodea en la playa. El Ballena se queja de un dolor en el estómago; la sugestión los hace entrar en pánico. Todos corren hacia los manglares. El marrano se revuelca en la arena, y sus patas tiemblan engarrotadas, dando chillidos agudos, tal vez por el dolor. No me preocupa mucho el suceso por lo que prefiero preparar la red para ir a la pesca.

Han pasado tres días, y apenas me enteré que los comelones fueron a parar al sanatorio por una congestión; el Picuda y su compadre no aparecen. Los pescadores dicen haberlos visto entrar a los manglares.

Son varios días y nadie se ocupa de ellos. A mí no me preocupa, pues es frecuente la ausencia de ambos, sin embargo, percibo un olor extraño, como de fango. Me adentro en la selva. Tal vez doy vueltas en el mismo lugar, como los zopilotes cuando olfatean la carroña. No sé cuántos días han pasado, hasta que por fin encuentro dos esqueletos humanos entre raíces de manglares, parecen abrazados. Posiblemente sean ellos, por el tamaño de los pantalones. Unos zopilotes descansan del festín, con la paciencia que requiere su digestión. Tal vez creen que no les haré daño; esto me facilita la captura de un par de ellos.

Antes de llegar al muelle los desplumo para evitar la curiosidad de la gente.

—*¡Te vas a dar un banquetazo, Busbús!* —me vacilan.

El olor sobre las brasas atrae a quienes gorrean la comida.

—*Qué deliciosos están estos pollos asados* —dicen, mientras chupan los huesitos.

Φ

MARIZELA RÍOS TOLEDO



(Juchitán de Zaragoza Oaxaca, México). Titulada en Lengua y Literatura Españolas. Especialidad en Competencias Docentes UPN. Docente. Diplomada en Literaturas Indígenas Contemporáneas, Configuraciones Literarias, Educación y Cultura Indígenas realizado por UNAM, INI, ONU, UNESCO. Diplomada en Literaturas Europeas Contemporáneas realizado por el Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia, INBA, Secretaría de Cultura. Ha publicado en la Editorial Praxis cuatro libros de poemas; siendo los más recientes: *Ad Libitum* y *Suite en la Palabra*. En el año 2021 aparece el libro de poemas: *Poesía en Contrapunto*, en Arde Chihuahua Editoras. Participante en Antologías en diversos países. Participante en Encuentros poéticos en México, Cuba, Costa Rica, Perú, Nicaragua, Chile, Venezuela, Madrid España, Marruecos. Poeta del Mundo (Miembro 9158). Con regularidad en disímbolos escenarios acompañada por el músico Humberto Adam. Redes sociales: (Marizela Ríos Toledo). Página Web: marizela-poeta.mx

De la bella Antequera a Shavizende

SI EL AMOR es conjunción de destinos, renazco en ti.

Soy mujer de las nubes y en acto libre,

frontera que a tu origen se alinea.

Te reconozco.

Te reconozco...

en el espasmo que hinca sus uñas sobre mi carne

viajo con tu alfabeto bajo la lengua.

No articulo tus palabras.

Sé, son testimonio de la recreación de tu cielo,

de tu estirpe Binnigula'sa, la médula,

Binnizá la carne que es universo y corazón,

ritmo en la sangre, música tu voz, tu paso.

Tu visión me pincha en la distancia.

Entonces, aplaudo me absuelva el olvido

¿Estoy a tu sombra?

¿Acaso sostenida por instantes en la muerte?

¿Viva en la migración? ¿En la esperanza?

¡Ah! ¡La muerte que detiene el tiempo!

¡Ah! ¡La vida que lo reanima! ¡Lo separa! ¡Fusiona! ...

¡Celebra el encuentro con la naturaleza de tu linaje!

Aspiración y espiración que acepta

la ruta del cuerpo y el alma que testimonie

con halo interminable,

el eterno retorno donde estás presente.

Coqui Bezelao custodie las almas.

Le dé la cara a la muerte y en la aproximación,

la pena se transfigure en deseo.

De los Valles Centrales, al Istmo emigraste
zapoteca puma, jaguar, zapoteca serpiente, ocelote.
Latente dios.
Hombre del cielo. ¡Binnizá!

Y aquí estoy hablándote, amándote en cualquier tiempo.
Sea en la flor de china que entreteje las mañanas en el parque
Juárez
o en la calle 2 abril, cuando el heraldo del recuerdo
con Gubidxa resplandezca y Xavizende me reestructure.
Cocijo me transforme en agua
y el canto del alcaraván sea la flauta que timbre melodías
y lave la llaga de la ausencia
que me sitia en el aliento de la fuga a discreción... de tus sonos.

Desvelo

DOS DE la mañana.

Padezco insomnio.

Las causas perdidas que he olvidado,

saltan del sexto sentido,

no como concentración de gran carisma
que me protege del dolor
sin importar los límites.

Son masas de sombras,
untan odio en mi horario,
son llagas que respiro.

En algún lugar de mis ojos,
se hacen tempestad

porque no hay palabras correctas
ni sudores que conjuren o evaporen
sus sensaciones amargas.

*

No hay propuesta que las subaste
mientras aguardo el perdón del día.

Φ

PEDRO RIVERA-BENITO



(San Agustín Etla, 1976). Contador de profesión, escritor por afición. Ha tomado un par de talleres de escritura en la Ciudad de Oaxaca. Participó en una antología de escritores noveles oaxaqueños y ha publicado algunos cuentos en periódicos locales. Es miembro activo del Colectivo Cuenteros con quien se presentó en la FIL Oaxaca 2019 con una colección de librillos artesanales. Actualmente cuenta con un espacio en una radio comunitaria en donde promueve la literatura infantil y juvenil. Amante de los perros y los ríos.

La hoz y el corazón

NO DEBIMOS haber hecho esa broma. No debimos haberle dicho a Tacho que su esposa estaba con otro. Nunca nos imaginamos que la hoz que llevaba en la mano todavía con olor a tierra y restos de alfalfa en sus dientes terminaría en el corazón de Juan.

Yo estaba dando mi servicio al pueblo y era parte de la policía municipal. El sol estaba a punto de ocultarse cuando repicaron las campanas llamándonos urgentemente al servicio. Nos dijeron que Tacho lo había matado. Nadie lo podía creer. Nos quedamos viendo sin emitir palabra y mi corazón sintió un tremendo hueco como si en ese momento la hoz de la culpabilidad se hubiera clavado en mí. En algún momento de nuestras vidas, Juan fue como mi hermano.

Teníamos que ir a recoger el cuerpo. Fuimos a su casa. Justo unos metros antes había caído boca arriba sobre la tierra con su camisola gris ensangrentada. Se notaba que ni siquiera se pudo defender. Vi su rostro de sorpresa y dolor. Me acerqué, me quité el sombrero y con un nudo en la garganta le eché la bendición en el aire. Su viuda estaba desconsolada, hincada ante el cuerpo de su esposo anegada en un mar de incertidumbre y llanto. Un par de veladoras y la luna creciente nos iluminaban a la par de los faroles de la calle. Nos quedamos a cuidar el cuerpo para que nadie se le acercara mientras llegaba el perito para dictaminar las causas del fallecimiento, aunque todo mundo sabía que era por la tremenda hoz que le había dado justo en el corazón.

Llegaron las autoridades competentes, tomaron fotos, checaron huellas, hicieron preguntas y más de uno señaló a Tacho como el autor del crimen. Pusimos una sábana sobre un petate, lo enrollamos, lo subimos a la camioneta de doble cabina que fungía como patrulla y nos lo llevamos al palacio municipal. Lo dejamos en el patio de atrás, para que le hicieran la autopsia, su viuda no estaba en condiciones de tomar una decisión, así que sus cuñados fueron los que se hicieron cargo, dijeron que no era necesario, ya que era evidente que había muerto por la hoz, pero el perito argumentó que al ser un asesinato tenía que cerciorarse de que no hubiera golpes internos, así que ordenó a la policía que cuidara el área. Improvisamos una sala de operaciones, subimos el cuerpo a

una mesa vieja que estaba arrumbada, nos pidieron una cubeta y una jícara y esperamos al médico forense.

Yo estaba sentado en un tronco y recargado en la pared muy cerca del lavadero, con la mirada perdida mientras masticaba un poco de ruda que habían repartido para ahuyentar a los malos espíritus, pero mi cabeza era una amalgama de ideas chocando unas con otras provocándome abolladuras. Un trago de mezcal y un tabaco no me cayeron mal.

Llegó casi a las once. Era un doctor jovencito, yo creo que era su primera vez porque todavía le temblaba la mano e iba explicando cada cosa que hacía, no sé si para aleccionarnos o como auto repaso. Pidió voluntarios para quitar la camisola ensangrentada mientras se ponía su bata blanca, sus guantes de látex y cubre bocas. Tuve el infortunio de ser seleccionado. Los pocos pasos que di para acercarme al cuerpo han sido los más pesados de toda mi vida, como si mis pies hubieran tenido piedras calientes que a la vez las sentía como filosas cuchillas.

De su maletín negro sacó un bisturí con el que hizo un corte horizontal de pezón a pezón y uno vertical hasta el ombligo formando una T mayúscula y dejando a la vista el tórax, un hilo de sangre muerta con un olor diferente corrió por todo donde cortaba. Después sacó un pequeño cincel y martillo, y al momento que nos explicaba que el tórax servía como caja para proteger nuestros órganos, lo golpeó con tanta fuerza que pude sentir el dolor cuando tronó el hueso como si hubiera sido el mío.

Lo levantó hasta ponerlo casi en la cara del difunto y empezó a hurgar dentro del cuerpo. Pidió la cubeta y fue poniendo uno a uno los órganos que iba sacando. Primero el corazón, nos enseñó que era del tamaño del puño, metió su dedo índice en la perforación y su uña salió del otro lado, incluso todavía pudo encontrar restos de alfalfa que se confundían con la sangre. Fue la pura punta la que ocasionó el desgarre y la hemorragia interna. Después sacó el pulmón sin ninguna lesión, al igual que los riñones, el estómago y los intestinos. Con un vaso de plástico sacó la sangre cuagualada que se había quedado en esa pequeña caja natural qué hay dentro del cuerpo, raspando entre las costillas y la carne tratando de no

dejar ni una gota y poniéndola en la misma cubeta. No había ningún otro golpe o herida.

Al terminar de revisar regresó todo eso al cuerpo ya sin ningún orden, metió los órganos, acomodó el tórax, lo presionó ligeramente para que embonara y cosió con un hilo negro. Para ese entonces, el doctor ya estaba más tranquilo. Yo creo que por muy doctor que seas, siempre te impresiona ver un muerto y más si sabes que lo tienes que cortar.

Pensé que ya habíamos visto todo, pero aún faltaba revisar el cráneo, y ante la falta de equipo y material quirúrgico, el doctor me pidió que le ayudara a detener la cabeza. Titubeé, me puse junto al cadáver y lo agarré de las sienes, pude sentir su piel fría que contrastaba con mis manos sudorosas. En mi frente pude sentir grandes gotas de sudor y mi pecho y axilas parecían manantiales salados.

Tomó el bisturí y empezó a cortar a la altura de la frente rodeando todo el cráneo. Yo sentía que en cualquier momento abriría sus ojos clavándome su mirada y la piel se me puso chinita cuando vi ese objeto filoso enterrarse en la piel de mi amigo. Quitó el cuero cabelludo y el cráneo quedó expuesto a la vista de todos. Fue impresionante verlo de cerca, con incontables venas azules y rojas un poco más gruesas que un cabello palpitando en una masa gelatinosa de color rosa. El doctor lo revisó y se cercioró de que no hubiera ningún golpe. Regresó el cuero cabelludo como si fuera una peluca y todo chueco, lo cosió.

Eran casi las tres de la madrugada, levantó el dictamen y ordenó que podíamos entregar el cuerpo a los familiares. Esa noche no pude dormir, ni la siguiente, ni la que le siguió. Una semana, un mes, no supe cuánto tiempo pasó para que pudiera cerrar los ojos sin que esa vieja hoz apareciera en un sueño que me persiguió por muchas noches.

Soñé que iba a la ciudad, me subía a un camión y aparte del chofer había un solo pasajero. Era un espectro del color de la ceniza sentado en la parte de atrás que me observaba a los ojos, yo estaba a mitad del pasillo, pude reconocer su rostro, era el mismo que tenía mi compadre cuando lo vi tirado en el piso. Se paró del asiento, en su mano tenía una hoz y me la dio. Al momento de

agarrarla, tanto él como la hoz se deshicieron quedando un montón de ceniza. Busqué al chofer y me di cuenta de que estaba solo. Brinqué en mi propia cama y eso me despertó, mi respiración era agitada. Intenté tranquilizarme, pero ya no pude conciliar el sueño. A través de la rendija que había en mi techo de lámina, pude ver cómo llegaba la mañana.

En otra ocasión, soñé que me perseguían en el cerro, corría por un camino lleno de piedras arañándome con los matorrales que estaban a los costados. Era un camino que no tenía final y el cual no conocía, sentía que mis piernas se desgarraban de tanto correr sin saber que era lo que venía detrás de mí, tropecé con una piedra y mi cara rebotó sobre un corazón perforado. Me costó trabajo despertar y eso hizo que en mi mente se quedara grabada esa imagen llena de sangre. Aunque mi esposa me daba te de tila antes de dormir, no podía encontrar la calma.

No pude más, después de un par de meses me armé de valor y fui a buscar a la esposa de Tacho. Desde que lo sentenciaron a veinte años de cárcel, ella se alejó del mundo. Me abrió la puerta con desgano, nos quedamos en el pequeño patio enfrente del bracerero, la casa al igual que ella, lucía marchita. Solo se escuchaba el graznido de tres guajolotes.

—*Lo que tenga que decir, dígamelo y después váyase*— me dijo mientras me daba la espalda al momento que echaba chile morita en el molcajete. No supe que se impregnó en mis ojos, si la culpa, el olor picoso o el humo del comal.

Casi como en un susurro, le confesé que yo le había dicho a Tacho que la había visto con otro hombre. No dijo nada, siguió moliendo como si no me hubiera escuchado. Volví a hacer mi confesión con una voz más fuerte, pero siguió sin hacerme caso. Esperé unos segundos que parecieron eternos, cerré los puños, tomé aire y antes de que pudiera hablar, la vi voltearse y con el tejolote en mano me dio un golpe lleno de furia a un lado de mi ojo izquierdo. Los guajolotes se espantaron con mi caída, el dolor fue tan fuerte que no pude abrir los ojos al instante, cuando lo hice, pude ver cómo un objeto curvo, punzante, lleno de ceniza, se dirigía a mi corazón.

JESÚS RITO GARCÍA



(1980). Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana, México. Poeta, editor y traductor, originario de Tehuantepec, Oaxaca. Ha publicado los libros *Recuerdos que no emigran* (Pharus / Praxis, 2008); *Bahía de los poetas* (Ministerio de Cultura del Perú / Summa editorial, 2017); *40 días en el desierto* (Municipalidad de Lima, 2020) y *Arena* (Editorial Pharus, 2020). Es promotor de los proyectos: Editorial Pharus, Maratón de Poesía y narrativa, además la Biblioteca “Juan Rulfo” de San Juan Luvina.

Por la tarde, casi noche, casi silencio total, de entre los mangos y platanares surgen murciélagos como relámpagos y no se distinguen, pero cruzan frente a nosotros. Hoy ha bajado la brisa que viene de la montaña, un aire que huele a sandía, a melón a dulce de coco. Algo muy sabroso, casi comestible. Respiro con tanto placer en estas tardes. Mientras a mi alrededor aletean las sombras.

Monotonía de la belleza

TODO CAUSA tedio.

Cansa el mar,

las olas,

la puesta de sol,

esa línea perfecta en el horizonte,

el vuelo simétrico de las aves,

el tiempo...

Aburre todo lo preciso.

En mi puerta había un jaguar agazapado

YO NO SABÍA qué hacía ese animal aquí

con este calor del demonio.

Vuelve a la selva, le dije. Vete de aquí.

Nadie más lo vio.

Estás loco,

me dijeron los amigos que pasaron a saludarme

y no respondí.

Estuve en el desierto,

en una habitación con cortinas azules

y en las calles no había más que sol y sombras muy oscuras.
El jugar nunca se movió de la puerta de casa.

Φ

CESAR RITO SALINAS



(Santo Domingo Tehuantepec, 1964). Poeta y narrador. En 2003 con su libro *Una escalera junto al mar* obtuvo el Premio Latinoamericano de Poesía “Benemérito de América”, convocado por la UABJO. En 2015 fue seleccionado para participar en el Encuentro Internacional de Poesía “Casa del Lago”, convocado por la UNAM a través de la Dirección de Extensión Cultural y Periódico de Poesía; con poesía en escena participó para el INTERFAZ del ISSSTE (2016 y 2017), publica en periódicos y páginas culturales de Oaxaca.

*La máquina de traducir**

EL TIEMPO PASA, pero como si no lo hiciera, hay voces que se alejan y vuelven, alcanzo a ver el sol, la mañana ¿o es la tarde? Enciendo la luz, es de noche. ¿Ya amaneció? La Máquina está cerca, registra las voces. El título viene de un poema, el orden de los trabajos surge desde de la práctica de lector de poesía. Todo es una copia de algo que se ha leído, de un lenguaje pasado. Quiero pensar que, en los diarios impresos, frente a la pérdida de lectores, a partir de lo descolocado se abordó el lenguaje; aquí está el resultado de esa búsqueda, no pretende más que registrar lo cotidiano inenarrable, la historia del tiempo cruel de contagios y defunciones. Diego y Frida, en uno de sus viajes al Istmo de Tehuantepec escucharon al ciego Cenobio tocar la flauta de carrizo, en la estación de San Jerónimo Ixtepec; un día mandaron por el músico, lo invitaron a la ciudad, allá tocó pitu nisiaba (flauta de carrizo, en zapoteco) para Bretón, en aquella fiesta ofrecida por los pintores mexicanos al padre del surrealismo, en abril de 1938.

Para seguir el viento y acariciarlo con la yema de los dedos, para tocar la claridad del día el canto de los pájaros, para marcharse y regresar con el tren; para eso sirve estar ciego. Que me regrese la vista, ni San Gerónimo Doctor lo quiera. Ciego nací, ciego encontré la vida. Desde que tengo memoria mis ojos están muertos, mejor; así no miro la cara de cuche de los militares. Las perradas de la gente, la traición de los mantenidos; ciego ni siento las prisas por ganar dinero; para hacer mis cosas no necesito luz. No tengo vergüenza, soy ciego, sólo escucho y cuando paran los ruidos me pego a un árbol y orino. En mi cabeza no guardo miradas ni la vergüenza, allí tengo sonidos, voces; las risas. Traigo bien acostumbrado al cuerpo, como decía mi madre: “bien meado y bien cagado antes de salir de casa”. Para mirar el tiempo tengo buenos oídos, antes de las ocho tiembla la tierra y se escucha como un tropel de bestias que tiran allá por el campo, el tren de pasajeros llega de Salina Cruz. En la tarde suena de pronto un rumor de río grande, lejano, de aguacero de agosto que se anuncia, el carguero regresa de Puerto México. Esas son las dos horas del día: cuando se marcha y cuando regresa el tren, cuando cambia la luz. Antes que pase en temblor de la tierra, en la tarde, llega el olor de la

mierda, que a eso huele la carga de petróleo. Pasa rápido y no se detiene, por ahí entre las vías me busco la vida; doy la vuelta para esperar que Mariana cierre el puesto en el mercado y regrese conmigo a casa, juntos. Antes del tronido de tren, entre la mañana y la tarde me busco las horas, llego al centro donde me encuentro con tantos y tantos olores, tantos recuerdos. Con el olor que sale de las fondas regresan los días de mi madre, la pobre era cocinera; desde niño me enseñó la vereda de la casa al mercado. Una vez estaba caminando perdido, había andado mucho y no podía encontrar el camino, me orientó el olor de la comida, pescado lisa, el aceite caliente, el olor del huevo batido con la carne gruesa del pescado vuela alto y baja hasta la nariz del que camina perdido en la tierra. Así encontré el mercado, las voces de la gente.

Una mujer pierde a su hijo, para velar el sueño de la criatura muerta canta. Con la canción de cuna devuelve la vida a su hijo; yo la acompaño desde la esquina, en la noche, con mi flauta de carrizo. En la ciudad de México toqué mi música para el cabecilla de los surrealistas, dicen que hay testimonio de ese viaje en una partitura que trabajé con un joven músico que escribió la letra de Cuatro Soles: no espero nada de la música que dicté, los papeles se pierden o nadie quiere encontrarlos.

Con la flauta en la bolsa de mi camisa, junto al corazón, hago el camino, sé que nada me pasará porque ¿quién golpea a un perro abandonado? Sólo la gente sin entraña, que la hay; gente que con ojos y sin ojos, dañeras; encuentras en tu camino, las envía tu suerte, que también es ciega.

A veces me da por maldecir mi condición de pobre y camino, ando mucho, perseguido por los infiernos. En la cantina del Melesio, cuando el sol aprieta, al mediodía, cuando el sudor baja por mis brazos hasta mis manos, encuentro la paz de esta vida. ¿Dónde más se encuentra la dicha si no en la sombra fresca? El pueblo es chico, pero los recuerdos fijados en el olor y los sonidos lo hacen grande, de horas dichosas. No hay nada como el olor del patio de la cantina, huele a mar y montaña, a cuarto con mujer desnuda y a día nuevo en el patio de la casa de mi madre. Ahí en la cantina llego temprano, antes de la una, cuando se encuentran unos pocos hombres perseguidos por su noche. La cruda resaca, piden

canciones de amor y desgracia; Revolución y muerte. El hombre es tristeza grande, puro desvarío; para esos hombres de aquella suerte que nadie pide, la desgracia, los arranca de ese lugar la música y la borrachera.

—*Pitero, échate una.*

El hombre toma para acompañar tanta soledad sobre la tierra.

Me pego a la sombra del almendro y mis dedos buscan recoger en los recuerdos lo que tocaba mi padre Mariano, el abuelo Juan. Ser ciego es eso, buscar entre los recuerdos la aprobación de la familia; el futuro que llega entre la yema de los dedos y el oído. Escucho las canciones de tristeza y odio de mi abuelo, trato de acariciar su rostro viejo, cansado. Sé que estoy en la cantina, pero en mi cabeza estoy en el patio de la casa de mis padres, en la hamaca. Entonces sale la música. Y es como si el viejo estuviera ahí, maldiciendo su desgracia de ser campesino y pobre, valeroso combatiente de la Revolución, soldado de la bola, borracho. En la cantina de Melesio, ya entrada la tarde, cuando el aire refresca se acercan las mujeres, piden canciones de amor. Me gusta la voz de las mujeres, suenan como canto de los pajaritos madrugadores. Y sus risas se juntan en el aire como agua que baja por sus cuerpos, en la playa del río.

Los viejos me enseñaron a ganarme la vida con el carrizo, a encontrar la forma de la música. El oído, decían, en el oído están los sentimientos. El abuelo y mi padre me llevaron al río, allá por Cheguigo Juárez. Buenos días, Juan, buenos días Juan Pitero, le decían a mi abuelo. Mi padre fue gente sin cabeza, necio, torció el don de la música que le dio la tierra, se hizo matancero de marrano. Y así lo conocían, por su apodo, Mariano Cucho. Era bravo cuando se emborrachaba, le pegaba a mi madre; ella lo quería, fue a sacarlo de la cárcel más de una vez. Mi padre le reprochó el hijo ciego que le había dado, inútil, que no podía ayudar con el trabajo. Cuanta desgracia será para un padre tener sueños de dinero y sólo contar con sus manos y un hijo ciego para lograrlo. Mi padre murió de alcohol, nunca fue rico, nunca hizo dinero. Por la tristeza que le dejó el poder y las mujeres que nunca tuvo, tocaba canciones con sentimiento. Mi madre marchó tras él para protegerlo, yo pegado a la enagua de mi madre. Todo lo que ganaba se lo gastaba en

alcohol. Por eso mi abuelo me enseñó a ganarme la vida con la flauta de carrizo, para sacar la música y proteger a mi madre, con mi trabajo. Ya borracho mi padre decía, “con la Revolución triunfante habrá sacrificio de animales, festejos, nadie lo podrá parar”. Imaginaba fiestas. Mi abuelo replicaba con esa verdad grande, “la gente será triste, habrá necesidad de olvido y alegría para que alguien cambie sus horas ingratas por la música”. Yo de ciego pude disfrutar más que mis mayores. Por ahí se ganaban la vida en las fiestas titulares, en los cumpleaños, en alguna comida que hacía la presidencia municipal; a los políticos no les falta el festejo. Humedece tus labios con saliva, sentirás que habla el viento. Mis mayores me enseñaron a escoger el carrizo para la flauta por el sonido que deja el viento al pasar entre los canutos. ¿Qué más podían hacer por un desgraciado ciego? Buscarle acomodo en la tierra, enseñarle los sonidos, el tono de la voz del que sufre; me enseñaron a ser un descarado y a ofrecer música cuando la gente espera la muerte. Me dijeron que nací en el 21, puede ser el 21 o 10, el año de la Revolución. Un ciego no entiende de las fechas del calendario, los años, sólo sabe sumar desgracias a la desgracia. Ni mi madre, ni mi padre, ni el abuelo Juan sabían leer, poco importa. Sabían de conservar la vida, cuando escuchaban el tropel de los caballos se metían al pozo, federales y revolucionarios robaban mujeres y comida. Esa fue mi infancia, estar con el oído despierto y buscar con la mano la mano de mi madre, correr con ella, guardar silencio como si de pronto nos persiguiera la angustia, ocultos hasta que los cascos de los caballos se escuchaban lejos.

Los caballos convierten en bestia y Dios el ánimo de los hombres, lo sé desde niño, me lo dijo mi madre. Sobre el caballo el hombre es dos, instante y furia, fuego y rencor; velocidad y trueno. Truena la reata en el aire, resoplan los belfos del animal; montado en el caballo, el hombre echa lumbre por los ojos. Arriba de la montura, desde el aire, la distancia se acorta, lo repiten las campanas cada tarde. El hombre sobre el caballo es demonio con sombrero, roba mujer, ganado, mata a otros hombres; perseguido por la lumbre; cuando se aleja queda en la memoria el galope de los caballos.

El pueblo sufre, lo sé porque escuché maldecir a mi padre, no hay dinero o no encuentran la dicha. El pueblo sufre, maldecía el

abuelo, mi madre. La tristeza es grande, crece desde los pies hasta el pecho y sale por los ojos, se extiende por calles y casas, como el fuego, por el parque y el mercado, la iglesia y los barrios, ocupa la presidencia municipal; desde la silla grande gobierna, sale y se va al río, regresa con una botella de mezcal en la mano, entra a la cantina y pide más mezcal, no se harta. Luego, se topa conmigo, y le toco la música que más le gusta para que se calme.

Escuché a mi madre llorar por mi padre, era tan grande su amor por mi padre. La escuché llorar por mi destino; sufre la madre de un hijo ciego, nada vale un hombre pobre y ciego.

¿Has escuchado el bronce de las campanas?, anticipan la guerra. Las campanas convocan los abrazos de amor y las despedidas, tienen sonido de los huesos que se parten, resuenan como un río que corre sobre piedras, entre carrizos que aguardan pacientes para desarrollar el poder que roba los sentimientos.

—Pitero, ¿qué es lo que más te agrada?

Me gusta el tren porque parece un hotel, hasta se puede entrar al baño; aquella vez en la ciudad de México pude saludar a Diego y Frida, Bretón, el padre del surrealismo, escuchó mi música, como gato en la ventana guardó silencio, en mis tinieblas pude sentir sus ojos posados sobre el sabor de la música; a los pocos días regresé al pueblo.

*El texto pertenece a la novela *Ramas del Aire*, ganadora de la convocatoria 2020, emitida por la Secretaría de las Culturas de Oaxaca, de la *Colección Parajes*.

Φ

IRMA RODRÍGUEZ



(Oaxaca, México) Escritora independiente de la Mixteca Oaxaqueña. Socióloga, Maestra en Ciencias en Investigación Educativa. Ha participado como ponente en diferentes foros sobre cultura, educación y migración. Participado en encuentros nacionales e internacionales de poesía en México, Perú y Colombia. En la actualidad incursiona en la escritura de cuento y ensayo. Tiene cuentos publicados en colectivos y diarios de circulación local. Sus poemas han sido publicados en varias antologías nacionales. Cuenta con dos poemarios por la Editorial Mexicana Letras de Barro y la Editorial Mexicana IrmArte, respectivamente: *Palabras al viento* y *El reposo de las muertas*.

Las cenizas hablan

CUALQUIER DÍA nos vamos:
el silencio calla,
las cenizas se vuelven palabras.

No hay tiempo para decir adiós;
tampoco de contarnos los lunares,
al mezcal lo absorbe la tierra.

Nos estremece el escalofrío bajo la piel
mientras la pandemia congela el deseo;
lágrimas y risas mueren de golpe.

Resurgimos,
no hay manera de hacerlo igual;
errar es de animales.

Las cenizas hablan,
el silencio se apaga:
cualquier día nos vamos.

Añoranza

PUEBLO TENDIDO en un valle lleno de luz.
Montañas abiertas de faustos contornos.

Me tuviste entre amigos
gran pueblo de calles plenas de historia.

Bebí hasta embriagarme de tus rincones y hoy me regalas tu ausencia.

Una dicha mayor para quien te contemple desde estas alturas donde te admiro.

Domingos tristes

HAY DOMINGOS incapaces de entendernos,

llegan con olvido encarcelado en la memoria,

con silencios que se desdicen,

con flores que esperan en la rama,

con ausencias colgadas del perchero.

No sé por qué los domingos lloran al filo del crepúsculo;

humedecer el recuerdo antes que llegue la noche,

DUELE.

Φ

ANA TRINIDAD RODRÍGUEZ VALDÉS



(Córdoba, Veracruz, México). Lic. en Intervención Educativa. Poeta, cuyo seudónimo es Sol de mañana. Residente desde hace más de 20 años en Tuxtepec, Oaxaca. En 2008 publicó en la web española Mundopoesía, donde ha obtenido diversos premios. Participó en el Encuentro Regional de Escritores Tuxtepecanos; el I Encuentro Interregional de Poetas de Tuxtepec (Oaxaca, México), II Encuentro Internacional de Mujeres Poetas en la Cuenca del Papaloapan; Festival de las Artes, Papantla, 2015, en el Encuentro Internacional de Escritores del Golfo, Primer Festival Internacional de Poesía y Décimo Encuentro del Movimiento Internacional “Vuelo de Mujer”, Recital “Vuelo de Mujer” en el marco del Encuentro Artístico Literario Internacional en Acatlán celebrado en las Instalaciones de la Facultad de la UNAM. Ha participado en programas de lectura para niños y en Tv local. Participó en las antología *Soles de media noche* y Antología del Movimiento Internacional *Vuelo de Mujer*. Sus más recientes obras son *Inolvidable idilio*, y *Loas y Adagios de Amor* y *Desamor* donde es coautora.

**La cita*

ESTAMOS AQUÍ reunidos,
en nuestra cita.

Con la tarde,
entre la arboleda
y el bullicio de las aves.

En medio del vergel
que se yergue cortés
al paso del río.

Sorprendidos por la sonora banda
de ranas y sapos
con su croar.

En el escenario que monté
y Dios concedió un cielo estrellado
más el canto de los grillos
en su idilio con la noche.

Ahora que el espectáculo y la razón
que nos trajo
nos descubren mirándonos...

¡Lo confieso!

El evento es el pretexto para vernos
y el escenario, parte del encanto.

*Publicado en *Loas y Adagios de Amor y Desamor*, coautora.

Naxhingee

(Soyaltepec en mazateco, y quiere decir "Cerro acedo")

MÁS QUE HERMANA separada
de su etnia indígena,
por los caprichos de un Titán.
Más que visión apocalíptica,
eres la isla con el enigma de ninguna,
que en su encanto de sirena
resurge en medio de un cenote
cual venus mazateca.
¡¡Cual guerrera en pie!!
Que encabeza una legión predestinada
a permanecer intacta por Dios.
Cada vez que me acerco,
se revela, bajo el huipil salpicado
su belicosa silueta.
Confiésome en una influencia mística.
¡¡No concibo a San Pedro Ixcatlán
sin su Naxhingee como familia!!

Φ

MARCK QUEVECK



(Oaxaca de Juárez, Oaxaca, México). Médico, poeta, escritor, profesor y promotor cultural. Autor del poemario inédito titulado *El Órganon Poético*. Ha participado en diversos encuentros poéticos literarios a nivel estatal, nacional e internacional. Parte de sus escritos han sido publicados en medios electrónicos, periódicos locales y páginas virtuales. Ha aportado sus letras a diversos proyectos a favor de la cultura, dentro de ellos: Revolución Cultural, Cultura Dual, Leer para Transformar, Poesía en Movimiento, Plataforma Cultural Internacional, Fundación Iberoamericana, Mujer Mariposa, Arte Ahora, Mundo Literario Universal, entre otros.

I

HACE FALTA rebeldía en el joven para transformar el mundo en el que vivirá de viejo.

Hace falta conservar el mundo en el que han de germinar nuestros hijos y los hijos de sus hijos para no matarlos a ellos cuyas almas son dueñas de esta tierra.

Hace falta más consciencia en el vivir para no morir a causa de la ceguera.

Hace falta irradiar conocimiento para no perecer en la oscura ignorancia.

II

SI LA VIDA sonrío cada mañana.

¿Por qué el hombre
no se atreve a imitarla?

Si la lluvia se precipita
nutriendo la tierra.

¿Por qué del suelo
no emergen buenas almas?

¿Por qué, si nos han obsequiado
todo el mundo, hasta el universo,
nosotros no compartimos
con nuestro hermano el alimento?

Si hombres y mujeres
somos sensibles al dolor,

¿Por qué precisamente
elegimos esos caminos
de maldad y de placeres
destruyéndonos el pudor?

¿Por qué, los animales y plantas

que deberían tener nuestro
respeto y protección,
somos precisamente nosotros
quienes los llevamos
al peligro de extinción?
Si el sol brilla para todos,
incluyendo malos e injustos
sin distinción.
¿Por qué cunado buenos y justos
luchan por justicia
procuran su destrucción?
Si solamente hubiese paz,
amor, humildad en el corazón;
para las murallas, las armas,
las guerras, no habría razón.
El globo estuviera brillando
y no opaco por nuestra acción.
Si hubiese justicia, respeto
y conciencia,
el mundo sería comunidad y no nación.

Φ

Muestrario Nacional 2021 - Oaxaca





Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias

Fb: Ediciones Ave Azul

www.aveazul.com.mx